SAGRADA BIBLIA

Esdras

Libro completo

«Que es bueno, y que es eterna su misericordia»

EDICIÓN DE ESTUDIO

Texto de Félix Torres Amat, con notas que se abren al tocar el número: palabras, contexto, fe y conexiones bíblicas. Con pausas para meditar y escribir.

Índice

Cómo usar esta edición 4

Antes de empezar 7

Veinticuatro palabras hebreas y arameas 16

El libro de Esdras en la liturgia 18

1 El decreto de Ciro y los vasos del templo 20

2 La lista de los que volvieron 28

3 El altar y los cimientos del templo 39

4 La oposición y las cartas al rey 48

5 Ageo, Zacarías y la carta de Tatanai 58

6 El templo terminado, la dedicación y la Pascua 64

7 Esdras, sacerdote y escriba 74

8 El viaje de Esdras 84

9 La oración de Esdras 92

10 Las mujeres extranjeras 100

PARA PROFUNDIZAR

1 Los vasos del templo y el nuevo éxodo 24

2 La lista de los que volvieron: el resto que vuelve a empezar .. 35

3 Llanto y júbilo: el altar, los cimientos y el segundo templo .. 44

4 «No podemos unirnos con vosotros»: la oposición y las cartas del archivo persa 54

6 Profetas, reyes y la oración por el rey: el templo terminado . 70

7 Esdras, sacerdote y escriba 80

9 «Justo eres tú»: la oración penitencial de Esdras 96

10 Las mujeres extranjeras: cómo leer una página difícil 106

CUADROS

1 Los vasos del templo, de Salomón a Ciro 23

2 Quiénes volvieron: la lista de Esdras 2..... 34

3 El primer templo y el segundo 43

4 Los reyes de Persia y el libro de Esdras 53

5 Los días de Ageo y Zacarías 62

6 Las cartas del archivo real 69

7 Esdras en la tradición 79

8 El viaje de Esdras 90

10 Los matrimonios con extranjeros en la Biblia 105

Repaso 110

Notas personales 114

Sobre esta edición 115

Cómo usar esta edición

Este archivo está pensado para leerse en un lector de tinta electrónica, con el dedo o con el lápiz.

Las notas se abren al tocarlas

Dentro del texto bíblico verás pequeños números en un recuadro gris, como este: 3. Cada uno es una nota guardada como comentario del PDF. Al tocar el número, la nota se abre en una ventana y no tienes que ir al final del libro.

Cada nota lleva arriba un título con su número, la cita y su tipo, por ejemplo «3 · Esd 1,2 · Palabra». Hay cuatro tipos:

Palabra	Qué significa una palabra hebrea o latina, o una palabra del español antiguo de esta traducción.
Contexto	Historia, arqueología, geografía y lo que contaban los pueblos vecinos de Israel.
Fe	Lo que enseña la Iglesia: el Catecismo, los Padres, los papas y la liturgia.
Conexión	Cómo resuena el pasaje en el resto de la Biblia, sobre todo en el Nuevo Testamento.

Los números pequeños en negrita, sin recuadro, son los versículos.

Para detenerse

Al final de cada capítulo hay una **Pausa**: dos o tres preguntas, una oración breve y líneas para escribir con el lápiz. Muchos capítulos tienen además un recuadro **¿Sabías que?**, y hay cuadros de apoyo, como los vasos del templo de Salomón a Ciro, la lista de los que volvieron, el primer templo y el segundo, los reyes de Persia, los días de Ageo y Zacarías, las cartas del archivo real, Esdras en la tradición, el viaje de Esdras o los matrimonios con extranjeros en la Biblia. Algunos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre una gran cuestión del libro. Al final encontrarás un repaso con preguntas cuyas respuestas también se esconden en notas.

Un modo de leer

Lee primero el capítulo de corrido, sin abrir las notas, para escuchar la historia entera. Después reléelo despacio, tocando las notas que te llamen la atención; si hay un ensayo, léelo entonces. Termina con la Pausa. Es una forma sencilla de la *lectio divina*, la lectura orante que la Iglesia recomienda: leer, meditar, orar, contemplar y llevar la Palabra a la vida (Benedicto XVI, *Verbum Domini*, n. 87).

El índice y los marcadores del PDF son tocables; el índice incluye también la lista de ensayos y de cuadros. Si alguna nota no se abre en tu lector, mira la última página.

Antes de empezar

La vuelta del destierro

El libro de Esdras es el decimoquinto de la Biblia. Lleva el nombre del sacerdote y escriba que aparece en su segunda mitad: en hebreo, *Ezrá*, «ayuda», probablemente forma breve de Azarías, «el Señor ayuda». Empieza donde terminan las Crónicas, con el decreto de Ciro, rey de Persia, que el año 538 a. C. permitió a los judíos desterrados en Babilonia volver a Jerusalén y reedificar el templo (1,1-4; 2 Cr 36,22-23). Cuenta esa vuelta y la reconstrucción del templo, terminado el año 515, y, después de un salto de más de medio siglo, la llegada de Esdras con un nuevo grupo de desterrados y con la ley de Moisés en la mano.

Es un libro de comienzos pequeños. Los que vuelven son pocos y pobres; los ancianos que habían visto el primer templo lloran al ver los cimientos del segundo, mientras otros gritan de alegría (3,12-13); los vecinos se oponen y las obras se detienen. Pero los reyes de Persia, por una providencia que el libro subraya una y otra vez, terminan favoreciendo la obra: «movió el Señor el ánimo de Ciro» (1,1), trocó «a favor de ellos el corazón del rey» (6,22), «puso este pensamiento en el corazón del rey» (7,27).

EL RETORNO Y EL TEMPLO (538 – 515 A. C.)	
1	El decreto de Ciro; los vasos del templo vuelven a Jerusalén
2	La lista de los que volvieron
3	El altar, la fiesta de los Tabernáculos y los cimientos del templo
4	La oposición; las cartas al rey; las obras se detienen
5 – 6	Ageo y Zacarías; el archivo de Ciro; la dedicación y la Pascua

ESDRAS Y LA LEY (HACIA EL 458 A. C.)	
7	Esdras, sacerdote y escriba; la carta del rey Artajerjes
8	Los que vinieron con él; el ayuno junto al río Ahava; la llegada
9	Los matrimonios con extranjeras; la oración de Esdras
10	La asamblea bajo la lluvia y la separación de las mujeres extranjeras

Un libro con muchos nombres

En la Biblia hebrea, Esdras y Nehemías son un solo libro: Orígenes lo llama «Esdras, primero y segundo, en

uno» (en Eusebio, *Historia eclesiástica* VI,25), y san Jerónimo lo recuerda en el prólogo de su traducción. La división en dos empezó entre los cristianos. La Vulgata llamó a nuestro libro «primero de Esdras» y a Nehemías «segundo de Esdras», como el concilio de Trento: «el primero de Esdras, y el segundo, que se llama Nehemías». El «tercero» y el «cuarto» de Esdras, que la Vulgata Clementina imprime en un apéndice, fuera del canon, son otros libros: un relato griego, «Esdras A», que vuelve a contar la historia desde la Pascua de Josías hasta la lectura de la ley, y un apocalipsis de hacia el año 100 d. C., y no forman parte de esta edición, que dice Esdras y Nehemías, como el Leccionario y la Neovulgata.

Ciro y los persas

En el 539 a. C., Ciro II, rey de los persas, tomó Babilonia y heredó su imperio. Judá fue una pequeña provincia de «la otra parte del río», al oeste del Éufrates, administrada en arameo, y los reyes persas solían ganarse a los pueblos sometidos respetando sus cultos. El llamado cilindro de Ciro, un texto en acadio hallado en Babilonia en 1879 y conservado en el Museo Británico, presenta a Ciro como elegido por Marduk, el dios de Babilonia, y cuenta que devolvió a sus santuarios los dioses de varias ciudades y reunió a sus antiguos habitantes. No nombra a los judíos, pero hace verosímil el decreto con que empieza el libro,

que lo conserva en dos formas: una proclama en hebreo que invita a volver y a edificar (1,2-4) y un memorial arameo del archivo real, que fija las medidas del templo y los gastos del rey (6,3-5). Para la Biblia, quien actúa es Dios: el Señor «movió el ánimo» de Ciro para cumplir la palabra de Jeremías (1,1; Jer 29,10), y ya Isaías lo había llamado «mi pastor» y «su ungido» (Is 44,28; 45,1; ver 2 Cr 36).

Cómo se formó

La tradición judía atribuye a Esdras su propio libro (*Baba Batra* 15a), y Torres Amat dice que «es tenido generalmente por autor». El texto deja ver cómo se hizo: junto a la narración hay listas de familias (2; 8,1-14; 10,18-44), las memorias de Esdras, en primera persona (7,27 – 9,15), y documentos de la cancillería persa copiados en arameo: las cartas contra Jerusalén y la respuesta del rey (4,8-22), el informe del gobernador Tatanai (5,6-17), el memorial de Ciro y el decreto de Darío (6,2-12) y la carta de Artajerjes a Esdras (7,12-26). Por eso el libro pasa del hebreo al arameo en 4,8, vuelve al hebreo en 6,19 y cambia otra vez en 7,12-26. Muchos estudiosos piensan que un redactor reunió estos materiales, con las memorias de Nehemías, hacia el final de la época persa o el comienzo de la griega; los documentos, aunque quizá retocados, se parecen por su lengua y sus

fórmulas a los papiros arameos de la época, como los de la colonia judía de Elefantina, en Egipto.

La cronología es difícil, y el libro no siempre la sigue. En el capítulo 4, para mostrar que la oposición duró generaciones, junta con la historia del templo, terminado bajo Darío I, cartas de los reinados posteriores de Asuero, es decir, Jerjes, y de Artajerjes, que se refieren a los muros de la ciudad. Tampoco es seguro cuándo llegó Esdras. «El año séptimo» de Artajerjes (7,7) sería el 458 a. C. si se trata de Artajerjes I, y Esdras habría precedido a Nehemías, que llegó el 445; pero algunos detalles, como la mención de Johanán, hijo de Eliasib (10,6), al que muchos identifican con un sumo sacerdote posterior a Nehemías (Neh 12,22-23), han hecho pensar a otros, como el biblista católico Albin van Hoonacker, en Artajerjes II y en el 398 a. C. También se discute el orden de los relatos: «Esdras A» cuenta la lectura de la ley de Nehemías 8 justo después de Esdras 10, y algunos piensan que ese era su lugar primitivo. La cuestión sigue abierta; el cuadro del capítulo 4 ordena las fechas.

Como las Crónicas terminan con las palabras con que empieza este libro, durante mucho tiempo se pensó que Crónicas, Esdras y Nehemías eran una sola obra; hoy muchos lo dudan (ver «Antes de empezar» en 1 Crónicas). En la Biblia hebrea, Esdras-Nehemías va delante de las Crónicas (*Baba Batra* 14b).

Cómo leerlo

No es una crónica completa del período ni una historiografía «en el sentido moderno» (Comisión Bíblica, *Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura*, 2014, n. 70), sino la historia de una restauración, contada para enseñar. El pueblo que vuelve, la *golá*, se levanta sobre tres apoyos: el templo, la ley de Moisés y la comunidad. Todo subraya la continuidad con el Israel de antes del destierro: vuelven los vasos sagrados que se llevó Nabucodonosor (1,7-11), las familias se inscriben por sus padres y sus ciudades (2), el altar se coloca «sobre sus basas» (3,3) y todo se hace «según está escrito en la ley de Moisés» (3,2; 6,18). Y la vuelta tiene el color de un nuevo éxodo: los vecinos dan plata y oro a los que salen, como los egipcios a los hebreos (1,4-6; Éx 12,35-36), se celebra la Pascua (6,19-22) y Esdras viaja con «la benéfica mano de su Dios» sobre él (7,9).

Dios guía la historia también por medio de reyes extranjeros, y su pueblo aprende a vivir sin rey propio, rezando por la vida del rey que lo gobierna (6,10; Jer 29,7; 1 Tim 2,1-2; Catecismo, nn. 1900 y 2240). El Catecismo cuenta la oración de Esdras (9,6-15) entre los textos de oración del Antiguo Testamento (n. 2585), y ve en esta comunidad pequeña una figura de la Iglesia: «el Resto de pobres que vuelven del Exilio es una de las figuras más transparentes

de la Iglesia» (n. 710). San Agustín vio cumplida en la Iglesia la promesa de Ageo: la gloria de esta casa sería mayor que la de la primera (Ag 2,9; *La ciudad de Dios* XVIII,48). En la genealogía de Jesús está Zorobabel, el jefe del retorno (Mt 1,12-13; Lc 3,27).

La página más dura está al final: Esdras y los jefes del pueblo deciden despedir a las mujeres extranjeras «y los hijos nacidos de ellas» (10,3). Las notas y el ensayo del capítulo 10 dicen lo que el texto dice, explican el temor de una comunidad pequeña a perder su fe y recuerdan otras voces de la Biblia, como la de Rut la moabita, bisabuela de David. La Comisión Bíblica habla de una tensión, en el judaísmo posterior al destierro, entre tendencias «más conciliadoras y universales» y otras «más cerradas y exclusivistas» (2014, n. 110); la Comisión Teológica Internacional recuerda las «consecuencias negativas» de aquel repudio «sobre las mujeres implicadas» (*Memoria y reconciliación*, 2000, nota 36), y san Pablo pide al cristiano casado con una persona no creyente que no la despida (1 Cor 7,12-14; Catecismo, n. 1637). Todo se lee a la luz de la «divina pedagogía» de un Antiguo Testamento que contiene «elementos imperfectos y pasajeros» (Catecismo, n. 122).

Sobre esta traducción

En este libro Torres Amat no escribe nada en mayúsculas. Aclara palabras con glosas unidas por «o»: «una casa o templo» (1,2), «el ojo de su Dios, o su providencia» (5,5), «un escriba o doctor muy diestro» (7,6), «estabilidad o morada segura» (9,8). En la edición de 1824 imprimió en cursiva sus añadidos a la Vulgata, como «El Dios *verdadero* es aquel que está en Jerusalén» (1,3) o «Sasabasar o Zorobabel» (1,8; 5,14), con lo que identifica a dos jefes del retorno que hoy se suelen distinguir. La Vulgata tomó por nombre el hebreo *gizbar*, «tesorero», y llamó al de Ciro «Mitrídates, hijo de Gazabar»; Torres Amat lo conserva y añade en cursiva «tesorero» (1,8). Donde el hebreo dice que había que esperar a un sacerdote que consultara a Dios con los *urim* y *tummim*, escribe, siguiendo a la Vulgata («sacerdos doctus atque perfectus»), «un sumo sacerdote docto y perfecto» (2,63), y lo explica en nota.

La numeración es la misma que la del hebreo y la del Leccionario. La transcripción digital había perdido o cambiado palabras y cifras en varios versículos: decía, por ejemplo, que Esdras salió de Babilonia el día primero «de aquel mes», el quinto, el mismo en que llegó a Jerusalén (7,9), y que los hijos de Zacai eran setecientos setenta y no sete-

cientos sesenta (2,9). Esos pasajes se han recuperado de la edición de 1824.

Algunos capítulos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre las grandes cuestiones del libro: los vasos del templo y el nuevo éxodo, la lista de los que volvieron, las lágrimas y la alegría de los cimientos, la oposición y las cartas del archivo persa, los profetas, los reyes y la oración por el rey, Esdras el escriba, la oración penitencial de Esdras y los matrimonios con extranjeras. Todos aparecen en el índice.

Veinticuatro palabras hebreas y arameas

Las palabras clave de Esdras en sus lenguas originales, que se leen de derecha a izquierda. Las secciones 4,8 – 6,18 y 7,12-26 están en arameo.

עֶזְרָא	**Ezrá** · Esdras, «ayuda», probablemente forma breve de Azarías, «el Señor ayuda»; Orígenes lo traducía «ayudante» 7,1
הֵעִיר רוּחַ	**heír rúaj** · «despertó el espíritu»; Torres Amat, «movió el ánimo» 1,1.5
אֱלֹהֵי הַשָּׁמַיִם	**Elohé ha-shamáyim** · «el Dios del cielo», título frecuente en la época persa 1,2; 5,12; 7,12
גּוֹלָה	**golá** · el destierro y la comunidad de los que volvieron de él; Torres Amat, «cautiverio» o «salida» 1,11; 6,21; 10,8
מְדִינָה	**mediná** · provincia; Judá era una provincia del imperio persa 2,1; 5,8
נְתִינִים	**netinim** · los natineos, «donados», servidores del templo 2,43; 8,20
תִּרְשָׁתָא	**tirshatá** · el «Atersata», título persa del gobernador 2,63
אוּרִים וְתֻמִּים	**urim ve-tummim** · las suertes sagradas del sumo sacerdote; Torres Amat, «docto y perfecto» 2,63
כִּי טוֹב כִּי לְעוֹלָם חַסְדּוֹ	**ki tov, ki le-olam jasdó** · «que es bueno, y que es eterna su misericordia», el canto de los cimientos 3,11

עַם הָאָרֶץ	**am ha-árets** · «la gente de aquella tierra», los que no habían ido al destierro 4,4
עֵבֶר נַהֲרָה	**abar nahará** (arameo) · «la otra parte del río», la provincia persa al oeste del Éufrates 4,10; 5,3; 7,21
עֵין אֱלָהֵהֹם	**en elahahóm** (arameo) · «el ojo de su Dios»; Torres Amat añade «o su providencia» 5,5
דִּכְרוֹנָה	**dikroná** (arameo) · memoria, acta del archivo real 6,2
חֲנֻכָּה	**janukká** (arameo) · dedicación; de la misma raíz viene el nombre de la fiesta de Janucá 6,16-17
מֶלֶךְ מַלְכַיָּא	**mélej malkayyá** (arameo) · «rey de los reyes», título del rey de Persia 7,12
סֹפֵר מָהִיר	**sofer mahir** · «escriba diestro»; en la Vulgata, *scriba velox* 7,6
לִדְרֹשׁ אֶת־תּוֹרַת יְהוָה	**lidrosh et-torat YHWH** · «investigar la ley del Señor» 7,10
יַד אֱלֹהָיו הַטּוֹבָה	**yad Eloháv ha-tová** · «la mano bondadosa de su Dios» 7,9; 8,18.22
צוֹם	**tsom** · ayuno 8,21.23
מַעַל	**maal** · infidelidad, prevaricación 9,2.4; 10,2.6
זֶרַע הַקֹּדֶשׁ	**zera ha-qódesh** · «el linaje santo» 9,2
יְתֵד	**yated** · estaca o clavo de la tienda; Torres Amat, «estabilidad o morada segura» 9,8
פְּלֵיטָה	**pletá** · los que escaparon, el resto 9,8.13-15
נָשִׁים נָכְרִיּוֹת	**nashim nokhriyyot** · mujeres extranjeras 10,2.10-11

El libro de Esdras en la liturgia

La Iglesia lee poco este libro: veintiún versículos en tres días seguidos de la misa ferial de los años impares, y ninguna lectura de domingo o de fiesta.

Misa

Celebración	Lectura
Lunes de la 25.ª semana del tiempo ordinario, año impar	Esd 1,1-6 (el decreto de Ciro), con el Salmo 126, «Cuando el Señor cambió la suerte de Sión», y Lc 8,16-18
Martes de la 25.ª semana, año impar	Esd 6,7-8.12b.14-20 (el templo terminado, la dedicación y la Pascua), con el Salmo 122, «Vamos alegres a la casa del Señor», y Lc 8,19-21
Miércoles de la 25.ª semana, año impar	Esd 9,5-9 (la oración de Esdras), con el cántico de Tobías (Tob 13) como salmo responsorial y Lc 9,1-6
3.er domingo del tiempo ordinario, ciclo C	No es de este libro, pero lo continúa: Neh 8,2-4a.5-6.8-10, Esdras lee la ley ante el pueblo

En el Oficio y en los documentos de la Iglesia

Dónde	Qué
Oficio de lectura	El ciclo anual no lee a Esdras; en la 28.ª semana del tiempo ordinario lee a los profetas de aquellos años, Ageo, Zacarías y Malaquías. La Liturgia de las Horas no tiene cánticos de este libro
Catecismo, n. 2585	La oración de Esdras (9,6-15), entre los textos de oración del Antiguo Testamento
Catecismo, n. 710	«El Resto de pobres que vuelven del Exilio es una de las figuras más transparentes de la Iglesia»
Comisión Teológica Internacional, *Memoria y reconciliación* (redactado en 1999 y publicado el 7 de marzo de 2000)	La oración de Esdras, entre las confesiones que unen los pecados de los padres a los del presente; las consecuencias del repudio de Esd 9–10 para las mujeres (notas 34-36)
Misa y oficio de difuntos	«Dales, Señor, el descanso eterno, y brille para ellos la luz perpetua» se inspira en el cuarto libro de Esdras (2,34-35), que no es canónico

El Leccionario usa la misma numeración que esta edición. En los Salmos, Torres Amat va un número por detrás: el 126 es en su Biblia el 125, y el 122, el 121.

1

El decreto de Ciro y los vasos del templo

El libro empieza con un rey extranjero que obedece, sin saberlo, a la palabra de un profeta. El capítulo tiene tres movimientos: Dios mueve el ánimo de Ciro, que publica su decreto (vv. 1-4); Dios mueve el corazón de los que se ponen en camino, y sus vecinos los ayudan con regalos, como los egipcios en la salida de Egipto (vv. 5-6); y Ciro devuelve, contados uno por uno, los vasos sagrados que Nabucodonosor se había llevado (vv. 7-11). Un mismo verbo, «despertar», une al rey y al pueblo: la vuelta empieza en el corazón.

El decreto de Ciro

1 El año primero del imperio de Ciro [1], rey de los persas,
para que se cumpliese la palabra del Señor, pronunciada
por Jeremías [2], movió el Señor el ánimo de Ciro [3], rey de
los persas, el cual hizo publicar por todo su reino, aun por
escrito, el siguiente decreto:

2 Esto dice Ciro, rey de los persas: El Señor Dios del cielo es
el que me ha dado todos los reinos de las tierras, y él me ha
mandado edificarle una casa o templo [4] en Jerusalén, ciu-
3 dad de Judea. ¿Quién de entre vosotros pertenece a su
pueblo? Su Dios sea con él. Vaya a Jerusalén [5], ciudad de

la Judea, y edifique la casa del Señor Dios de Israel. El Dios verdadero es aquel que está en Jerusalén [6]. 4 Y todos los demás que se quedaren, dondequiera que habiten, ayúdenle desde el lugar de su residencia con plata y oro, y otras cosas, y con ganados, además de lo que voluntariamente ofrezcan [7] al templo de Dios, que está en Jerusalén.

Los que se pusieron en camino

5 Con esto se pusieron en camino los príncipes de las familias de Judá y de Benjamín [8], y los sacerdotes y levitas, y todos aquellos cuyo corazón movió Dios [9] para ir a reedificar el templo del Señor, que está en Jerusalén. 6 Y todos aquellos que vivían en la comarca les ayudaron, poniendo en sus manos vasos de plata y oro, hacienda, ganados y alhajas [10], además de otras ofrendas voluntarias que habían hecho.

Los vasos del templo

7 El mismo rey Ciro hizo sacar los vasos del templo del Señor [11], que Nabucodonosor había traído de Jerusalén, y colocado en el templo de su dios. 8 Los hizo sacar Ciro, rey de los persas, por mano de Mitrídates, hijo de Gazabar, tesorero [12], que se los entregó por cuenta a Sasabasar o Zorobabel, el príncipe de Judá [13].

9 He aquí el número de ellos: Treinta copas de oro, mil copas de plata, veintinueve cuchillos [14], treinta tazas de oro,

10 cuatrocientas diez tazas de plata de segunda magnitud [15]; y mil otros vasos. 11 La suma de todos los vasos de oro y de plata ascendía a cinco mil cuatrocientos [16]; todos éstos los llevó Sasabasar al tiempo que volvían a Jerusalén los que habían sido transportados cautivos a Babilonia [17].

¿Sabías que?

En la National Gallery de Londres se conserva El *festín de Baltasar*, que Rembrandt pintó hacia 1635-1638. El rey de Babilonia se vuelve espantado hacia la mano que escribe en la pared, mientras en la mesa brillan los vasos de oro y plata del templo de Jerusalén profanados en el banquete (Dn 5,2-5), los mismos que Ciro devolverá (1,7). Las letras hebreas de la inscripción están pintadas en columnas, para leerse de arriba abajo. Así lo explicaba una de las opiniones del Talmud: los sabios de Babilonia no pudieron leerla porque estaba escrita en vertical (Sanedrín 22a). Se cree que Rembrandt tomó la forma de las letras de un libro del rabino Menasés ben Israel, a quien conocía en Ámsterdam.

Los vasos del templo, de Salomón a Ciro

Momento	Qué pasa con los vasos	Cita
Salomón	Hace de oro los utensilios del santuario	1 Re 7,48-51
Reyes de Judá	Vacían los tesoros para pagar a reyes extranjeros	1 Re 14,26; 2 Re 18,15-16
597 a. C.	Nabucodonosor hace pedazos los vasos de oro	2 Re 24,13
587 a. C.	Se lleva el bronce, la plata y el oro que quedaban	2 Re 25,13-17
Jeremías	Estarán en Babilonia «hasta el día en que yo los visite»	Jer 27,16-22
Baruc	Devuelve a Judá unos vasos de plata de Sedecías	Bar 1,8
Baltasar	Bebe en ellos; una mano escribe en la pared	Dn 5,2-4.23
538 a. C.	Ciro los devuelve, contados: 5.400	Esd 1,7-11; 5,14-15
Darío	El memorial de Ecbatana los manda poner en su sitio	Esd 6,5
Esdras	Trae vasos nuevos, pesados en el templo	Esd 7,19; 8,25-34
169 a. C.	Antíoco IV se lleva el altar de oro y los vasos	1 Mac 1,21-23
164 a. C.	Judas Macabeo hace vasos sagrados nuevos	1 Mac 4,49

Esd 1,9-10 cuenta todavía sesenta piezas de oro: quizá no todas se destruyeron en el 597, quizá eran otras. Isaías ve a los que vuelven como una procesión: «purificaos, los que lleváis los vasos del Señor» (Is 52,11). Los bronces tienen su cuadro en 1 Reyes. Ver el ensayo.

PARA PROFUNDIZAR

Los vasos del templo y el nuevo éxodo

El libro de Esdras empieza con tres movimientos. Dios «despierta el espíritu» de Ciro, que publica su decreto (1,1-4); Dios «despierta el espíritu» de los que se ponen en camino, con el mismo verbo, y los vecinos los cargan de regalos (1,5-6); por último, Ciro «hace sacar» los vasos del templo y los entrega contados a Sasabasar (1,7-11). El decreto, con el que terminan también las Crónicas, y el llamado cilindro de Ciro tienen su ensayo y su cuadro en otro lugar (ver 2 Cr 36). Aquí conviene mirar lo que el narrador subraya: que la vuelta es obra de Dios en el corazón de un rey y en el de su pueblo, y que lo primero que regresa a Jerusalén son unos objetos sagrados, contados uno por uno.

Los vasos son el hilo que une el primer templo con el segundo (ver el cuadro al final del capítulo). Salomón hizo de oro los utensilios del santuario (1 Re 7,48-51); sus sucesores vaciaron más de una vez los tesoros para comprar la paz (1 Re 14,26; 2 Re 18,15-16); Nabucodonosor se llevó lo que quedaba en el 597 y en el 587. El libro de los Reyes dice que los vasos de oro fueron hechos pedazos (2 Re 24,13), y aquí vuelven treinta copas y treinta tazas de oro: quizá no todos se destruyeron, quizá se trata de otras piezas; los textos no lo aclaran (ver 2 Re 24). Mientras los falsos profetas prometían que volverían enseguida, Jeremías anunció que se quedarían en Babilonia «hasta el día en que yo los visite» (Jer 27,16-22). El libro de Daniel cuenta su profanación: Baltasar bebe en ellos con sus mujeres mientras alaba a sus ídolos, y esa misma noche pierde el reino (Dn 5,2-4.23.30). La Iglesia llama sacrilegio

a tratar indignamente «las cosas y los lugares consagrados a Dios» (Catecismo, n. 2120). Los vasos corren la suerte del pueblo: deportados, humillados, olvidados en un tesoro extranjero, y al fin devueltos.

Por eso el capítulo se detiene en el inventario. Los vasos salen del tesoro real «por cuenta», y el texto da su número, aunque las partidas no sumen el total (ver nota a 1,11). Cuando Esdras llegue, ochenta años después, pesará en el templo el oro, la plata y los vasos nuevos que trae, y escribirá que «todo fue contado y pesado» (8,33-34). Detrás de la contabilidad hay una convicción: lo que pertenece a Dios no se pierde. Jesús dirá lo mismo de los suyos: «esta es la voluntad del que me envió: que no pierda nada de lo que él me ha dado» (Jn 6,39).

La vuelta se cuenta, además, como un nuevo éxodo. Los vecinos dan a los que salen plata, oro y objetos preciosos, como los egipcios a los hebreos (1,6; Éx 3,21-22; 12,35-36), y las ofrendas voluntarias recuerdan las del desierto para el tabernáculo (Éx 35,20-29). Así lo había anunciado el profeta del destierro: Dios abriría un camino en el desierto y haría «algo nuevo» (Is 40,3-5; 43,16-21); «salid de Babilonia... decid: el Señor ha rescatado a su siervo Jacob» (Is 48,20-21). Y un oráculo parece pensar en esta misma procesión: «Salid de allí, no toquéis nada impuro; purificaos, los que lleváis los vasos del Señor. Porque no saldréis con prisa ni os iréis huyendo: delante de vosotros irá el Señor, y detrás de vosotros, el Dios de Israel» (Is 52,11-12). La primera salida fue de noche, a toda prisa, con la cintura ceñida (Éx 12,11); la segunda es una procesión, con los vasos sagrados en las manos.

No todos subieron. El decreto ya cuenta con los que se quedan (1,4), y Flavio Josefo dice que muchos permanecieron en Babilonia por no querer dejar sus posesiones (*Antigüedades* XI,1,3). El libro no los condena: de esa comunidad saldrán Esdras y Nehemías, y siglos después se escribirá allí el Talmud de Babilonia. Pero la historia sigue con los que se dejaron mover.

Los cristianos han leído esta imagen en sí mismos. San Pablo dice que llevamos el tesoro del Evangelio «en vasos de barro» (2 Cor 4,7); el Señor llama a Saulo «vaso de elección» (Hch 9,15), y la segunda carta a Timoteo invita a purificarse para ser «vaso para usos nobles, santificado, útil al dueño» (2 Tim 2,20-21). Cada bautizado es un vaso consagrado que puede ser profanado, olvidado o llevado lejos; y el Dios que hizo volver a su casa, contados, los vasos del templo, no da por perdido a ninguno de los suyos.

PAUSA

1. Dios «despertó el espíritu» de Ciro y de los que volvieron. ¿Qué ha despertado Dios últimamente en tu corazón, y qué respuesta le estás dando?
2. Los vasos del templo volvieron contados, uno por uno. ¿Crees que para Dios cuenta cada parte de tu vida, incluso la que parece perdida?
3. Muchos se quedaron en Babilonia por no dejar sus bienes. ¿Qué comodidad te retiene cuando Dios te invita a ponerte en camino?

Para orar. *Señor, que despertaste el espíritu de los que volvieron, despierta el mío y llévame contigo a tu casa.*

2

La lista de los que volvieron

Antes de contar lo que hicieron, el libro dice quiénes eran. La lista sigue un orden claro: los jefes (v. 2); el pueblo, primero por familias (vv. 3-20) y después por pueblos (vv. 21-35); los sacerdotes, levitas, cantores, porteros y servidores del templo (vv. 36-58); los que no pudieron probar su linaje (vv. 59-63), y los totales, los animales y las ofrendas (vv. 64-70). Nehemías la copiará casi igual (Neh 7). Para un pueblo que volvía a empezar, saber de qué familia y de qué ciudad era cada uno era cuestión de identidad, de herencia y de culto.

Los jefes y el pueblo

1 Estos son los hijos de la provincia de Judea [1], que del cautiverio de Babilonia, a que habían sido conducidos por Nabucodonosor, rey de Babilonia, se pusieron en camino, y regresaron a Jerusalén y Judá, cada cual a su pueblo. 2 Los cuales vinieron con Zorobabel, y con Josué [2], Nehemías, Saraías, Rahelahías, Mardocai, Belsán, Mesfar, Beguai, Rehum y Baana. He aquí la suma de los varones del pueblo de Israel:

3 Hijos de Farós [3], dos mil ciento setenta y dos. 4 Hijos de Sefatía, trescientos setenta y dos. 5 Hijos de Area, setecien-

tos setenta y cinco. 6 Hijos de Fahat Moab, de la estirpe de
Josué, de Joab, dos mil ochocientos doce. 7 Hijos de Elam,
mil doscientos cincuenta y cuatro. 8 Hijos de Zetúa, nove-
cientos cuarenta y cinco. 9 Hijos de Zacai, setecientos
sesenta [4]. 10 Hijos de Bani, seiscientos cuarenta y dos.
11 Hijos de Bebai, seiscientos veintitrés. 12 Hijos de Azgad,
mil doscientos veintidós. 13 Hijos de Adonicam, seiscientos
sesenta y seis. 14 Hijos de Beguai, dos mil cincuenta y seis.
15 Hijos de Adin, cuatrocientos cincuenta y cuatro. 16 Hijos
de Ater, que descendían de Ezequías, noventa y ocho.
17 Hijos de Besai, trescientos veintitrés. 18 Hijos de Jora,
ciento doce. 19 Hijos de Hasum, doscientos veintitrés.
20 Hijos de Gebbar, noventa y cinco.

21 Hijos u oriundos de Betlehem [5], ciento veintitrés.
22 Varones de Netufa, cincuenta y seis. 23 Varones de Ana-
tot, ciento veintiocho. 24 Hijos de Azmavet, cuarenta y dos.
25 Hijos de Cariatiarim, de Céfira y de Berot [6], setecientos
cuarenta y tres. 26 Hijos de Rama y de Gabaa, seiscientos
veintiuno. 27 Varones de Macmas, ciento veintidós.
28 Varones de Betel y de Hai, doscientos veintitrés.

29 Hijos de Nebo, cincuenta y dos. 30 Hijos de Megbis, cien-
to cincuenta y seis. 31 Hijos del otro Elam, mil doscientos
cincuenta y cuatro. 32 Hijos de Harim, trescientos veinte.
33 Hijos de Lod, de Hadid y de Ono, setecientos veinticinco.

34 Hijos de Jericó, trescientos cuarenta y cinco. 35 Hijos de
Senaa, tres mil seiscientos treinta.

Sacerdotes, levitas y servidores del templo

36 Sacerdotes que volvieron a Jerusalén [7]: Los hijos de Ja-
daya de la familia de Josué, novecientos setenta y tres.
37 Hijos de Emmer, mil cincuenta y dos. 38 Hijos de Fesur,
mil doscientos cuarenta y siete. 39 Hijos de Harim, mil die-
cisiete.

40 Levitas: Los hijos de Josué y de Cedmihel, de los descen-
dientes de Odovías, setenta y cuatro. 41 Cantores: Los hijos
de Asaf [8], ciento veintiocho. 42 Hijos de los porteros: Los
hijos de Sellum, los hijos de Ater, los hijos de Telmón, los
hijos de Accub, los hijos de Hatita, los hijos de Sobai; todos
ciento treinta y nueve.

43 Natineos [9]: Los hijos de Siha, los hijos de Hasufa, los hi-
jos de Tabbaot, 44 los hijos de Cerós, los hijos de Siaa, los
hijos de Fadón, 45 los hijos de Lebana, los hijos de Hagaba,
los hijos de Accub, 46 los hijos de Hagab, los hijos de Sem-
lai, los hijos de Hanán, 47 los hijos de Gaddel, los hijos de
Gaer, los hijos de Raaía, 48 los hijos de Rasín, los hijos de
Necoda, los hijos de Gazam, 49 los hijos de Aza, los hijos de
Fasea, los hijos de Besee, 50 los hijos de Asena, los hijos de
Munim, los hijos de Nefusim, 51 los hijos de Bacbuc, los hi-
jos de Hacufa, los hijos de Harhur, 52 los hijos de Beslut, los

hijos de Mahida, los hijos de Harsa, [53] los hijos de Bercós, los hijos de Sísara, los hijos de Tema, [54] los hijos de Nasía, los hijos de Hatifa.

[55] Hijos de los siervos de Salomón: Los hijos de Sotai, los hijos de Soferet, los hijos de Faruda, [56] los hijos de Jala, los hijos de Dercón, los hijos de Geddel, [57] los hijos de Safatías, los hijos de Hatil, los hijos de Foqueret que eran oriundos de Asebaim, los hijos de Ami. [58] Todos los natineos y los hijos de los siervos de Salomón, trescientos noventa y dos.

Los que no pudieron probar su linaje

[59] Y éstos son los que partieron de los distritos de Telmala, Telarsa [10], Querub, y Adón, y Emer; y no pudieron señalar la familia y estirpe de sus padres en prueba de ser oriundos de Israel. [60] Los hijos de Dalaía, los hijos de Tobía, los hijos de Necoda, seiscientos cincuenta y dos.

[61] Y de los hijos de los sacerdotes: Los hijos de Hobía, los hijos de Accós, los hijos de Berzellai, el cual se casó con una de las hijas de Berzellai de Galaad, y tomó su nombre [11]; [62] estos hombres buscaron la escritura de su genealogía [12], y no la hallaron, por lo que fueron excluidos del sacerdocio. [63] Y les dijo Atersata [13] que no comiesen de las ofrendas santificadas, hasta tanto que se presentase un sumo sacerdote docto y perfecto [14].

Los totales y las ofrendas

64 Toda esa muchedumbre, unida como si fuese un hombre
solo [15], era de cuarenta y dos mil trescientos sesenta, 65 sin
contar sus esclavos y esclavas, que eran siete mil trescientos treinta y siete; y entre ellos doscientos cantores y
cantoras [16].

66 Tenían setecientos treinta y seis caballos, y doscientos
cuarenta y cinco mulos, 67 cuatrocientos treinta y cinco camellos, seis mil setecientos veinte asnos.

68 Y algunos príncipes, o primeras cabezas de familia [17], al
llegar al lugar del templo del Señor en Jerusalén, hicieron
espontáneamente ofrendas para reedificar la casa de Dios
en su mismo sitio. 69 Dieron, según las facultades de cada
uno, para los gastos de la construcción sesenta y un mil
sueldos o monedas de oro [18], cinco mil marcos de plata, y
cien vestiduras sacerdotales. 70 Finalmente, los sacerdotes
y levitas, y los del pueblo, y los cantores, y los porteros, y
los natineos se establecieron en sus ciudades; y de cuantos
israelitas volvieron, se fue cada cual a su pueblo.

¿Sabías que?

Entre los natineos que volvieron hay unos «hijos de Sísara» (2,53). Sísara se llamaba el general cananeo vencido por Débora y Barac (Jue 4 – 5), aunque este Sísara era probablemente otro. El nombre evoca una tradición del Talmud sobre descendientes de enemigos de Israel que llegaron a ser maestros de la Torá: algunos descendientes de Amán la estudiaron en Bené Berac, algunos descendientes de Sísara la enseñaron a los niños en Jerusalén, y algunos de Senaquerib la enseñaron en público; el Talmud nombra a Semaya y Abtalión, los maestros de Hillel (Guittín 57b). La lista de Esdras deja ver algo parecido: familias de origen extranjero al servicio de la casa de Dios.

Quiénes volvieron: la lista de Esdras 2

Grupo	Cita	Cifra
Los jefes	2,2	Once nombres, de Zorobabel a Baana (Neh 7,7: doce)
Laicos, por familias	2,3-20	15.604, en dieciocho familias
Laicos, por pueblos	2,21-35	8.540, en quince grupos
Sacerdotes	2,36-39	4.289, en cuatro familias
Levitas	2,40	74
Cantores, hijos de Asaf	2,41	128
Porteros	2,42	139
Natineos y siervos de Salomón	2,43-58	392
Sin genealogía	2,59-60	652
Sacerdotes excluidos	2,61-63	Tres familias, sin cifra
Suma de los grupos	—	29.818
Total del texto	2,64	42.360
Esclavos; cantores y cantoras	2,65	7.337 y 200
Animales	2,66-67	8.136: 736 caballos, 245 mulos, 435 camellos y 6.720 asnos

La suma de los grupos no da el total: faltan 12.542. Quizá el total cuenta a personas que no figuran en las partidas, como mujeres y niños, o a gente de otras tribus (así Torres Amat), o se perdieron cifras al copiar; el libro griego de Esdras dice que se contaron los de doce años arriba (1 Esdras 5,41). Nehemías copia la lista con diferencias: ver el cuadro de Neh 7, «Esdras 2 y Nehemías 7: una lista copiada dos veces».

PARA PROFUNDIZAR

La lista de los que volvieron: el resto que vuelve a empezar

Pocas páginas de la Biblia se saltan con tanta facilidad como esta: setenta versículos de nombres y cifras. Para los que volvieron, en cambio, era un documento vital. Decía quién pertenecía al pueblo y de qué familia era cada uno; a qué pueblo tenía derecho a volver, con sus casas y sus campos («cada cual a su pueblo», 2,1.70); qué sacerdotes podían servir en el altar (2,61-63). Era también, probablemente, un registro útil para la administración persa, que contaba a sus súbditos para cobrar tributos. Casi un siglo después, Nehemías la encontrará y la copiará entera (Neh 7,5-73).

Su orden es claro (ver el cuadro al final del capítulo). Primero, once jefes encabezados por Zorobabel y Josué. Después, el pueblo: dieciocho familias que se nombran por un antepasado, con 15.604 personas, y quince grupos que se nombran por su pueblo, con 8.540. Luego, el personal del culto: cuatro familias de sacerdotes, con 4.289; setenta y cuatro levitas, ciento veintiocho cantores, ciento treinta y nueve porteros y trescientos noventa y dos natineos y «siervos de Salomón». Al final, los que no pudieron probar su linaje, 652. Las partidas suman 29.818, pero el total que da el texto es 42.360 (2,64). La diferencia, de 12.542 personas, no tiene por qué llamarse contradicción. Quizá las partidas contaban solo a los varones adultos y el total a más gente; quizá, como pensaba Torres Amat, entraban en la suma miembros de otras tribus que no se nombran; quizá se perdieron grupos o cifras al

copiar. El libro griego de Esdras precisa que se contaron los de doce años arriba (1 Esdras 5,41). La copia de Nehemías cambia varias cifras y conserva el mismo total: los números se copiaban a mano, y era fácil confundirlos (ver el cuadro de Neh 7, «Esdras 2 y Nehemías 7: una lista copiada dos veces»).

La geografía también habla. Los pueblos nombrados están casi todos en Benjamín y en las colinas que rodean Jerusalén: Belén, Anatot, Ramá, Betel, Jericó. Hebrón y el sur no aparecen (ver nota a 2,21). Lo que queda de la tierra prometida es un territorio pequeño en torno a una ciudad en ruinas.

El personal del templo revela otras cosas. Uno de cada diez es sacerdote, y en cambio los levitas son poquísimos: tal vez tenían menos que ganar volviendo, y Esdras tendrá el mismo problema (8,15-20). Entre los servidores del templo hay familias de nombres extranjeros, quizá descendientes de los gabaonitas de Josué o de los cananeos que trabajaron para Salomón (2,43-58; Jos 9,27; 1 Re 9,20-21): el pueblo que vuelve los cuenta como suyos. Seiscientas cincuenta y dos personas no pudieron demostrar que eran de Israel, y vinieron igual (2,59-60). Solo tres familias de sacerdotes, que no hallaron su registro, quedaron apartadas del altar, y aun así la decisión quedó en suspenso, «hasta tanto que se presentase» un sacerdote capaz de consultar a Dios (2,63). La Misná dice que los urim y tummim habían cesado con los primeros profetas (Sotá 9,12): la pregunta quedó abierta.

La lista es el retrato de un resto. Volvió una minoría: muchos se quedaron en Babilonia (Josefo, *Antigüedades* XI,1,3). Isaías había puesto a uno de sus hijos un nombre que era una profecía, Sear-

Yasub, «un resto volverá» (Is 7,3; 10,20-22); Jeremías prometió reunir «el resto de mis ovejas» (Jer 23,3), y Sofonías, dejar en Jerusalén «un pueblo humilde y pobre» que se acogería al nombre del Señor (Sof 3,12-13). El Catecismo ve en «los pobres y los humildes del Señor» a los que mantuvieron viva la esperanza (n. 64) y afirma que «el Resto de pobres que vuelven del Exilio es una de las figuras más transparentes de la Iglesia» (n. 710). San Pablo aplica a la Iglesia naciente la palabra de Isaías: solo un resto se salvará, «un resto elegido por gracia» (Rom 9,27; 11,5).

Al final de la lista, los jefes de familia dan para la casa de Dios «según las facultades de cada uno» (2,69): oro, plata y vestiduras para un culto que hay que recomenzar. Un resto no es un club de selectos, sino gente que se pone en camino y da lo que tiene. Que los nombres de todos ellos estén escritos es ya una manera de decir que Dios los conoce; el ensayo de Neh 7 desarrolla esa idea del libro de los nombres. La Iglesia es también un pueblo contado, no por méritos ni por linaje, sino porque «el Señor conoce a los que son suyos» (2 Tim 2,19).

PAUSA

1. La lista recuerda a familias enteras que decidieron volver. ¿Qué personas de tu familia o de tu comunidad te transmitieron la fe, y cómo podrías agradecérselo?
2. Seiscientas cincuenta y dos personas no pudieron probar su linaje, y aun así se pusieron en camino con el pueblo. ¿A quién te cuesta reconocer como parte de tu comunidad?
3. Los jefes dieron «según las facultades de cada uno». ¿Qué das tú a la casa de Dios, y con qué corazón?

Para orar. *Señor, que cuentas a tu pueblo uno por uno, haz que no falte mi nombre entre los que vuelven a ti.*

3

El altar y los cimientos del templo

Llegado el mes séptimo, el de las grandes fiestas, el pueblo se reúne en Jerusalén «como un solo hombre». Antes que muros y antes que templo, levanta el altar y vuelve a ofrecer los sacrificios de cada día y a celebrar la fiesta de los Tabernáculos (vv. 1-6). Después prepara la obra con los cedros del Líbano y, en el segundo año, pone los cimientos del templo con trompetas, címbalos y el canto ordenado por David (vv. 7-11). El capítulo termina con un sonido mezclado: los gritos de alegría de unos y el llanto de los ancianos que habían visto el primer templo (vv. 12-13).

El altar y la fiesta de los Tabernáculos

1 Llegado ya el mes séptimo [1], los hijos de Israel que estaban en sus ciudades, se reunieron todos, como si fuesen
un solo hombre [2], en Jerusalén. 2 Donde el sumo sacerdote Josué, hijo de Josedec [3], con sus hermanos los sacerdotes, y Zorobabel, hijo de Salatiel [4] con sus hermanos emprendieron edificar el altar del Dios de Israel para ofrecer
en él los holocaustos, según está escrito en la ley de Moisés, varón de Dios [5]. 3 Colocaron, pues, el altar de Dios sobre sus basas, a pesar del temor en que les ponían los pueblos idólatras de las regiones circunvecinas [6], y sobre este

altar ofrecieron al Señor el holocausto de la mañana y el de la tarde [7].

[4]Celebraron asimismo la solemnidad de los Tabernáculos [8], conforme está prescrito, y ofrecieron el holocausto diario, según está mandado hacer todos los días; [5]y además el holocausto perpetuo, tanto en las calendas [9] como en todas las solemnidades consagradas al Señor, y siempre que se ofrecía espontáneamente ofrenda al Señor. [6]Desde el primer día del mes séptimo, empezaron a ofrecer holocaustos al Señor, aunque todavía no se habían echado los cimientos del templo de Dios [10].

Los cimientos del templo

[7]Pero distribuyeron dinero a los canteros y albañiles; y asimismo dieron de comer y beber, y aceite a los sidonios y tirios [11], para que transportasen madera de cedro desde el Líbano al mar de Joppe, según lo había ordenado Ciro, rey de Persia. [8]Al segundo año de su arribo [12] al lugar del templo de Dios en Jerusalén, el mes segundo, pusieron mano a la obra Zorobabel, hijo de Salatiel, y Josué, hijo de Josedec, con los otros hermanos suyos sacerdotes y levitas, y todos los que habían venido del cautiverio a Jerusalén; y destinaron a los levitas de veinte años arriba [13] para dar prisa a la obra del Señor. [9]Josué, pues, y sus hijos, y hermanos, y Cedmihel con sus hijos, y todos los hijos de Judá, unidos como si fuesen un solo hombre, estaban dando pri-

sa a los que trabajaban en la construcción del templo de Dios; y lo mismo hacían los hijos de Henadad [14], y los hijos de éstos, y sus hermanos los levitas.

[10] Echados que fueron los cimientos del templo del Señor por los albañiles, se presentaron los sacerdotes revestidos de sus ornamentos, con las trompetas, y los levitas hijos de Asaf, con los címbalos, para cantar las alabanzas de Dios con salmos de David [15], rey de Israel; [11] y cantaban a coro [16] himnos y alabanzas al Señor, repitiendo: Que es bueno, y que es eterna su misericordia [17] para con Israel. Al mismo tiempo todo el pueblo prorrumpía a grandes voces en alabanzas al Señor, por ver echados los fundamentos del templo del Señor.

El llanto y la alegría

[12] Muchísimos de los sacerdotes y levitas, y de los príncipes de familias y de ancianos, que habían visto el primer templo [18], viendo echar a sus ojos los fundamentos de este segundo, lloraban con grandes gemidos; al paso que muchos alzaban la voz gritando de alegría. [13] Y no se podían distinguir los gritos de alegría de los clamores de aquellos que lloraban [19]; porque todo el pueblo gritaba confusamente a grandes voces, cuyo eco se oía de muy lejos.

¿Sabías que?

Jeremías anunció que en las calles desiertas de Jerusalén se oiría otra vez «la voz del gozo y la voz de la alegría, la voz del esposo y la voz de la esposa», y la de los que cantan «porque es bueno el Señor, porque es eterna su misericordia» (Jer 33,10-11). La segunda parte se cumplió en los cimientos del templo (3,11). La primera se repite todavía en cada boda judía: la última de las bendiciones de los novios, que ya recoge el Talmud, pide que «pronto se oiga en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén la voz del gozo y la voz de la alegría, la voz del esposo y la voz de la esposa» (Ketubot 8a).

El primer templo y el segundo

	Templo de Salomón	Templo de Zorobabel
Quién	Salomón, con Hiram de Tiro (1 Re 5,15-26)	Zorobabel y Josué, por decreto de Ciro (Esd 3,8; 6,3)
Cuándo	Hacia el 966 a. C.; siete años (1 Re 6,37-38)	Cimientos hacia el 537-536 o en el 520; acabado en el 515 (Esd 6,15)
Madera	Cedros del Líbano, desde Tiro (1 Re 5,22-23)	Cedros del Líbano, hasta Jope (Esd 3,7)
Quién paga	El rey, con tributos y levas (1 Re 5,27-28)	El pueblo y el tesoro persa (Esd 2,69; 6,4.8)
Medidas	60 × 20 × 30 codos (1 Re 6,2)	60 de alto y 60 de ancho (Esd 6,3)
Presencia	El arca y la nube (1 Re 8,6-11)	Sin arca ni urim y tummim (Yomá 21b)
Dedicación	22.000 bueyes, 120.000 ovejas (1 Re 8,63)	100 becerros, 200 carneros, 400 corderos (Esd 6,17)
Fiesta	Los Tabernáculos (1 Re 8,2.65)	La Pascua (Esd 6,19-22)
Profetas	Natán (2 Sam 7)	Ageo y Zacarías (Esd 5,1; 6,14)
Al verlo	La gloria llena la casa (1 Re 8,11)	Llanto y alegría (Esd 3,12-13; Ag 2,3)
Su fin	Incendiado en el 587 a. C. (2 Re 25,9)	Ampliado por Herodes; destruido en el 70 d. C.

Ageo prometió que la gloria de esta casa sería mayor que la de la primera (Ag 2,9); el Nuevo Testamento ve en Jesús el templo nuevo (Jn 2,19-21). La cronología de los templos de Jerusalén está en el cuadro de 1 Reyes «Los templos de Jerusalén».

PARA PROFUNDIZAR

Llanto y júbilo: el altar, los cimientos y el segundo templo

Lo primero que hacen los que vuelven no es reconstruir sus casas ni la muralla, sino el altar (3,2-3). En el mes séptimo, el de las grandes fiestas, se reúnen en Jerusalén «como un solo hombre» y recomienzan el sacrificio de la mañana y de la tarde, el corazón del culto diario (Éx 29,38-42), y la fiesta de los Tabernáculos, la de las chozas del desierto (3,4; ver el ensayo «Las fiestas de Israel y el año litúrgico», en Lv 23). Todo «según está escrito en la ley de Moisés» (3,2). Hay miedo a los vecinos (3,3), no hay templo y la ciudad está en ruinas, pero Dios vuelve a ser lo primero. Años después, Ageo tendrá que reprochar a ese mismo pueblo que viva en casas bien techadas mientras la casa de Dios sigue en ruinas (Ag 1,4): el primer fervor no se sostiene solo.

Luego vienen los preparativos y los cimientos (3,7-11). Como en tiempos de Salomón, los fenicios traen cedros del Líbano por mar hasta Jope. Los sacerdotes, con trompetas, y los levitas, con címbalos, alaban a Dios «según las disposiciones de David», con el estribillo de los grandes días de Israel: «que es bueno, y que es eterna su misericordia» (3,11; Sal 136). Jeremías lo había prometido en la peor hora: en las calles desiertas de Jerusalén se volvería a oír ese canto (Jer 33,10-11). No es fácil fechar el momento: el relato lo pone en el segundo año de la vuelta, pero Ageo y Zacarías hablan de los cimientos en el 520, bajo Darío (Ag 2,18; Zac 4,9); quizá hubo un comienzo interrumpido y retomado (ver nota a 3,8).

Y entonces el capítulo se detiene en un sonido extraño: gritos de alegría mezclados con llanto (3,12-13). Lloran los ancianos que habían visto el templo de Salomón, cincuenta años antes. Ageo pondrá en palabras lo que sentían: «¿Quién de vosotros vio esta casa en su primera gloria? ¿Y cómo la veis ahora? ¿No es como nada a vuestros ojos?» (Ag 2,3). Tenían razón en algo. El segundo templo fue más pobre, y no solo en oro: el Talmud enumera cinco cosas del primero que le faltaron, el arca con su propiciatorio y sus querubines, el fuego, la presencia divina, el espíritu de profecía y los urim y tummim (Yomá 21b). Pero Zacarías corrigió la mirada de los que comparaban: «¿quién despreció el día de los pequeños comienzos?» (Zac 4,10).

Ageo añadió una promesa: Dios haría temblar a las naciones, vendrían sus tesoros, y «la gloria de esta casa postrera será mayor que la de la primera» (Ag 2,6-9). San Agustín observó que el segundo templo, como edificio, nunca tuvo tanta gloria como el de Salomón, y concluyó que la profecía se cumplía en la Iglesia, la casa construida con piedras vivas, tanto más gloriosa cuanto mejores son esas piedras (*La ciudad de Dios* XVIII,48). El Nuevo Testamento da un paso más: en ese templo, ampliado después por Herodes, entró el Señor de la casa. Allí Jesús fue presentado y reconocido por Simeón y Ana (Lc 2,22-38), allí se quedó a los doce años en las cosas de su Padre (Lc 2,41-50), allí enseñó en la fiesta de la Dedicación (Jn 10,22-23), y allí expulsó a los mercaderes y anunció la destrucción del templo, hablando «del templo de su cuerpo» (Jn 2,13-22; Catecismo, nn. 583-586). «Cristo es el verdadero Templo de Dios», dice el Catecismo, y los cristianos son

«piedras vivas con las que se construye la Iglesia» (n. 1197; 1 Pe 2,4-5; Ef 2,19-22).

Por eso este capítulo habla a toda comunidad que empieza o recomienza: una parroquia pobre, una familia que se rehace, una vida que vuelve a Dios después de su propio destierro. Siempre habrá quien llore comparando con lo que fue y quien grite de alegría por lo que empieza, y el texto no manda callar a ninguno de los dos. El canto que los cubre a ambos es el mismo: el Señor es bueno, y su misericordia no se ha agotado.

PAUSA

1. El pueblo levantó el altar antes que las casas y los muros. ¿Qué lugar ocupa la oración en el orden de tu día?
2. Los ancianos lloraban comparando con el pasado; otros gritaban de alegría. ¿Te cuesta alegrarte de los «pequeños comienzos» porque los comparas con lo que fue?
3. «Que es bueno, y que es eterna su misericordia.» ¿Por qué cosas concretas puedes cantar hoy esa alabanza?

Para orar. *Señor, que no desprecie el día de los pequeños comienzos, y que mis lágrimas y mi alegría se vuelvan alabanza.*

4

La oposición y las cartas al rey

Los vecinos del norte ofrecen su ayuda para edificar el templo, y Zorobabel la rechaza. El capítulo tiene cuatro partes: la ayuda rechazada (vv. 1-3); el resumen de años de estorbos, desde Ciro hasta Darío (vv. 4-5); las acusaciones ante dos reyes posteriores, Asuero y Artajerjes, con la carta de Reum y Samsai y la respuesta del rey, que tratan de las murallas de la ciudad (vv. 6-23), y la vuelta al templo, parado hasta el año segundo de Darío (v. 24). Desde el v. 8 el original está en arameo. El orden es temático, no cronológico: el autor reúne varias generaciones de oposición.

La ayuda rechazada

1 Entretanto entendieron los enemigos de Judá y de
Benjamín [1] que éstos que habían vuelto del cautiverio edi-
ficaban el templo del Señor Dios de Israel; 2 y vinieron a
encontrar a Zorobabel y a los príncipes de las familias, di-
ciendo: Permitidnos cooperar con vosotros a la construc-
ción; puesto que seguimos del mismo modo que vosotros a
vuestro Dios, y le ofrecemos sacrificios [2] desde el tiempo
que Asor Haddán, rey de Asiria [3], nos envió acá. 3 Mas Zo-
robabel y Josué con los demás príncipes de las familias de
Israel les respondieron: No podemos unirnos con vosotros

para edificar la casa de nuestro Dios [4], sino que nosotros solos la edificaremos al Señor Dios nuestro, como nos lo tiene mandado Ciro, rey de los persas.

4 De aquí resultó que la gente de aquella tierra [5] inquietaba a los obreros del pueblo de Judá, y les estorbaba la construcción. 5 Además sobornaron contra ellos consejeros del rey [6], que les frustraron su designio durante la vida de Ciro, rey de los persas, y hasta el reinado de Darío, rey de Persia.

Las cartas contra Jerusalén

6 Luego que entró a reinar Asuero [7], escribieron una acusación contra los moradores de Judá y de Jerusalén. 7 Y en el reinado de Artajerjes, Beselam Mitrídates, y Tabeel [8] y los demás de su partido enviaron al rey de los persas Artajerjes una carta llena de acusaciones, escrita en lengua siríaca y con caracteres siríacos [9].

8 Reum Beelteem y Samsai, secretario, escribieron [10] sobre las cosas de Jerusalén una carta al rey Artajerjes, del tenor siguiente: 9 Reum Beelteem y Samsai, secretario, y los demás consejeros suyos, los dineos y afarsataqueos, los terfaleos, afarseos, ercueos, babilonios, susanequeos, dievos y los elamitas [11], 10 y los otros de las demás naciones que transportó el grande y glorioso Asenafar [12], y condujo

a habitar pacíficamente en las ciudades de Samaria y en las otras regiones de la otra parte del río [13],

[11] (tal es la copia de la carta que le enviaron), al rey Artajerjes, tus siervos, los habitantes de la otra parte del río, salud. [12] Sepas, oh rey, que los judíos que partieron de ahí para acá, han llegado a Jerusalén, ciudad rebelde y malvada [14], la cual están reedificando, y levantando sus murallas y reparando las paredes. [13] Advierte, pues, oh rey, que si esta ciudad se reedifica y se reparan sus muros, no pagarán ya más tributo, ni alcabalas, ni rentas anuales [15], y el daño llegará hasta los reyes. [14] Nosotros, pues, teniendo presente la sal o el pan que hemos comido en palacio [16], y porque creemos ser una maldad el estarnos contemplando los perjuicios del rey, por eso enviamos a dar parte al rey: [15] A fin de que tú, señor, hagas registrar los libros de las historias de tus predecesores [17], en cuyos anales hallarás escrito y verás que la ciudad es una ciudad rebelde y enemiga de los reyes y de las otras provincias, y cómo ya de tiempos antiguos se fraguan en ella las rebeliones, por lo cual dicha ciudad fue ya arruinada. [16] Nosotros aseguramos al rey que si esta ciudad se reedifica y vuelven a levantarse los muros, no tendrás dominio alguno a la otra parte del río.

La respuesta del rey Artajerjes

17 Respondió el rey a Reum Beelteem, y a Samsai, secretario, y a los otros habitantes de Samaria que eran del consejo de ellos, y a los demás de la otra parte del río, diciéndoles, después de saludarlos: 18 La acusación que me habéis enviado, se ha leído palabra por palabra en mi presencia.
19 He dado luego mis órdenes para que se registrasen los anales, y se ha hallado que esa ciudad ya de tiempos antiguos se rebela contra los reyes, y levanta sediciones y guerras. 20 Porque hubo en Jerusalén reyes poderosísimos [18], que han dominado todo el país de la otra parte del río Eufrates, los cuales exigían tributos y alcabalas, y otros derechos. 21 Ahora, pues, oíd nuestra decisión: Prohibid a esa gente la reedificación de dicha ciudad, hasta tanto que yo quizá mande otra cosa [19]. 22 Mirad que no seáis negligentes en ejecutar esto; no sea que poco a poco vaya cundiendo el mal en perjuicio de los reyes.

23 Con esto fue leído el traslado del edicto [20] del rey Artajerjes en presencia de Reum Beelteem, y de Samsai, secretario, y de los de su consejo; y a toda prisa pasaron a Jerusalén, y a mano armada hicieron desistir a los judíos. 24 Se interrumpió entonces la construcción de la casa del Señor en Jerusalén, y no volvió a emprenderse hasta el año segundo del reino de Darío [21], rey de los persas.

¿Sabías que?

Las letras cuadradas con que hoy se imprime la Biblia hebrea no son las que usaron David o Isaías. Antes del destierro, Israel escribía con un alfabeto parecido al fenicio, el de la inscripción del túnel de Siloé; después se fue imponiendo la escritura del arameo de los persas, la de las cartas de este capítulo. El Talmud lo atribuye a Esdras: la Torá se dio primero «en escritura hebrea», y en sus días otra vez «en escritura asiria», llamada así porque «subió con ellos de Asiria» (*Sanedrín* 21b-22a). La escritura antigua, añade, quedó para los samaritanos, que todavía copian su Torá con un alfabeto derivado de ella. No todos los rabinos estaban de acuerdo: según Rabí Yehudá ha-Nasí, la escritura «asiria» era la original.

Los reyes de Persia y el libro de Esdras

Rey	Reinado (a. C.)	En Esdras y Nehemías
Nabucodonosor II	605-562, en Babilonia	Destruye el templo (587) y se lleva los vasos (Esd 1,7; 5,12-14)
Ciro II	559-530; en Babilonia, desde el 539	El decreto (538: Esd 1,1-4; 6,3-5); los cimientos (Esd 3,8-10; 5,16)
Cambises II	530-522	No se nombra; Torres Amat lo ve en el Asuero de Esd 4,6
Darío I	522-486	Obras reanudadas (520: Esd 4,24); decreto (6,6-12); templo terminado (515: 6,15)
Jerjes I (Asuero)	486-465	Una acusación (Esd 4,6); el rey de Ester (Est 1,1)
Artajerjes I	465-424	Cartas sobre los muros (Esd 4,7-23); ¿Esdras, en el 458? (7,7); Nehemías, en el 445 y el 433 (Neh 2,1; 13,6)
Darío II	423-404	Cartas de Elefantina: la Pascua (419); el sumo sacerdote Johanán (407; ver Neh 12)
Artajerjes II	404-358	¿Esdras, en el 398? (Esd 7,7), según otros
Darío III	336-330	Alejandro Magno conquista el imperio (333-330)

«El año séptimo del rey Artajerjes» (Esd 7,7) es el 458 si se trata de Artajerjes I, como piensa la mayoría, o el 398 si es Artajerjes II, como propuso Van Hoonacker (ver «Antes de empezar»). El capítulo 4 ordena los hechos por temas: Jerjes y Artajerjes reinaron después del Darío de 4,5 y 4,24. Las fechas son aproximadas; las de Nehemías, en su cuadro «El calendario de Nehemías» (Neh 1).

PARA PROFUNDIZAR

«No *podemos unirnos con vosotros*»: *la oposición y las cartas del archivo persa*

El capítulo 4 empieza con un ofrecimiento que parece generoso. Los vecinos del norte, que se dicen adoradores del mismo Dios desde los días de Asaradón, piden edificar el templo con los que han vuelto (4,1-2). Zorobabel, Josué y los jefes de las familias responden que no (4,3). El narrador los llama «enemigos» desde la primera línea, pero el lector de hoy se pregunta si aquel «no» no fue el comienzo del conflicto.

¿Quiénes eran? Ellos mismos lo dicen: descendientes de los pueblos que los reyes de Asiria asentaron en Samaria (4,2.9-10). El libro de los Reyes cuenta el origen de su religión: aprendieron a temer al Señor, pero «servían también a sus dioses» (2 Re 17,24-41; ver el ensayo de 2 Reyes 17). Torres Amat los llama samaritanos, y Josefo también; pero la comunidad samaritana, con su templo en el Garizim, se formó más tarde, y no conviene cargar sobre estos vecinos todo lo que vino después. Zorobabel da dos razones: el templo es «de nuestro Dios», y su culto no puede mezclarse con otros; y el permiso de Ciro era para los que volvían del destierro (1,3; 4,3). Para una comunidad pequeña y pobre, que acababa de recuperar su altar, compartir la obra era arriesgar la fe y el permiso del rey.

Leída hoy, es una página dura, y la Biblia misma ofrece contrapesos. Dos capítulos después, en la Pascua de la dedicación, comen con los repatriados «todos aquellos que, separándose de la inmundicia o idolatría de las gentes del país, se habían agregado a

ellos para seguir al Señor» (6,21), con el mismo verbo, «buscar», que los vecinos habían usado en 4,2. La puerta no estaba cerrada a quien buscaba al Señor, sino a la mezcla de cultos. Isaías había prometido que los extranjeros unidos al Señor ofrecerían sacrificios en su monte, «porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos» (Is 56,6-7). Y el Evangelio desarma la vieja enemistad: Jesús pide de beber a una samaritana y le anuncia un culto «en espíritu y en verdad» (Jn 4,9.20-24), pone a un samaritano como modelo del prójimo (Lc 10,30-37), alaba al único leproso que vuelve a dar gracias, «este extranjero» (Lc 17,15-18), y la Iglesia naciente predica en Samaria con gran alegría (Hch 8,4-25).

El resto del capítulo muestra los métodos de la oposición, que no usa ejércitos: desanimar, asustar, sobornar consejeros (4,4-5) y, sobre todo, escribir. El autor reúne aquí, por temas, documentos de varias generaciones: una acusación al comienzo del reinado de Asuero, es decir, de Jerjes (4,6), una carta de Beselam, Mitrídates y Tabeel (4,7) y la de Reum y Samsai a Artajerjes, con la respuesta del rey (4,8-23). Estas cartas no tratan del templo, terminado en el 515, sino de las murallas de la ciudad, decenios más tarde; el v. 24 vuelve al templo y a Darío (ver el cuadro de este capítulo). La oposición no fue un episodio, sino una constante.

Las cartas, en arameo, son una pequeña lección de política imperial (ver el cuadro «Las cartas del archivo real», al final del capítulo 6). Los acusadores apelan a la lealtad, «la sal… que hemos comido en palacio» (4,14), al dinero, porque una ciudad amurallada no pagará tributo (4,13.16), y a la historia: en los anales hallará el rey que Jerusalén es «una ciudad rebelde» (4,15). Tenían

argumentos, porque Jerusalén se había rebelado contra Asiria y contra Babilonia. El rey manda consultar el archivo, comprueba que es verdad y prohíbe la obra, pero añade: «hasta tanto que yo quizá mande otra cosa» (4,21). Esa puerta entreabierta la cruzará, con permiso del mismo Artajerjes, Nehemías (Neh 2,1-8).

La lectura de fe no es ingenua. El libro no esconde que la obra de Dios puede quedar detenida durante años por la intriga, el miedo y el desánimo, y Ageo dirá que también por la comodidad del propio pueblo (Ag 1,2-4). Pero el capítulo termina con una fecha, «el año segundo del reino de Darío» (4,24), y el siguiente empieza con dos profetas. La providencia, enseña el Catecismo, tiene cuidado de todo, «de las cosas más pequeñas hasta los grandes acontecimientos del mundo y de la historia», también cuando las criaturas obran libremente (nn. 302-303). Gamaliel lo dirá ante el sanedrín: si una obra es de los hombres, se deshará; si es de Dios, no podrán destruirla (Hch 5,38-39). En Esdras, la obra se detuvo, pero no se perdió.

PAUSA

1. Los adversarios no atacaron de frente: desanimaron, asustaron y sobornaron. ¿Qué «debilita tus manos» cuando quieres hacer el bien?
2. Zorobabel dijo «no» a una ayuda que ponía en riesgo la fe. ¿Sabes distinguir la colaboración que enriquece de la que diluye lo que crees, sin cerrar la puerta a quien busca a Dios?
3. La obra quedó parada años, pero no muerta. ¿Qué proyecto de Dios en tu vida parece hoy detenido?

Para orar. *Señor, cuando tu obra se detenga en mis manos, no dejes que se apague en mi corazón.*

5

Ageo, Zacarías y la carta de Tatanai

Después de unos dieciséis años de obras paradas, dos profetas, Ageo y Zacarías, ponen otra vez en pie a Zorobabel, a Josué y al pueblo, y el templo vuelve a crecer (vv. 1-2). El gobernador de la provincia, Tatanai, sube a Jerusalén a preguntar quién lo ha autorizado (vv. 3-5) y escribe al rey Darío (vv. 6-17). Su carta, copiada en arameo, recoge la respuesta de los ancianos de los judíos: una breve confesión de fe y de historia, desde Salomón hasta Ciro, que termina pidiendo que se busque en el archivo el decreto de Ciro. Esta vez no hay acusación, sino una pregunta.

Los profetas y la obra reanudada

1 En este tiempo profetizaron el profeta Ageo y Zacarías,
hijo de Addo [1], predicando a los judíos que habitaban en
la Judea y en Jerusalén en nombre del Dios de Israel.
2 Entonces Zorobabel, hijo de Salatiel, y Josué, hijo de Jo-
sedec, se pusieron de nuevo a continuar la construcción [2]
del templo de Dios en Jerusalén, y estaban con ellos los
profetas de Dios que los ayudaban.

3 En aquel mismo tiempo vinieron a encontrarlos Tatanai,
gobernador de la otra parte del río, y Starbuzanai [3], con
sus consejeros, y les dijeron: ¿Quién os ha aconsejado que

edificaseis este templo y restauraseis sus muros? [4] A lo que respondimos [4], nombrando los autores de esta reedificación. [5] Mas el ojo de su Dios, o su providencia [5], miró favorablemente a los ancianos de los judíos, y así no pudieron impedirles la construcción. Convinieron al fin en que se diese parte a Darío, y que satisficiesen entonces a aquella reconvención.

La carta de Tatanai al rey Darío

[6] Copia de la carta que escribió al rey Darío Tatanai, gobernador del país de la otra parte del río, con Starbuzanai, y sus consejeros, los arfasaqueos [6], que moraban a la otra banda del río. [7] La carta que le enviaron decía así: Al rey Darío, salud y toda suerte de prosperidad [7].

[8] Sepas, oh rey, que nosotros hemos ido a la provincia de la Judea a la casa del Dios grande, que se construye de piedras no labradas [8], fijando vigas en las paredes; y la obra se hace con toda diligencia, y va creciendo entre sus manos. [9] Hemos, pues, preguntado a aquellos ancianos [9], y les hemos dicho: ¿Quién os ha dado facultad para edificar esta casa y restaurar estos muros? [10] Asimismo hemos querido saber sus nombres para dar parte a ti, y así te ponemos por escrito los nombres de los varones que son los principales entre ellos.

La respuesta de los ancianos

[11] La respuesta que nos han dado ha sido ésta: Nosotros somos siervos del Dios del cielo y de la tierra [10]; y reedificamos un templo que ya muchos años antes había sido construido, el cual levantó un gran rey de Israel [11]. [12] Pero habiendo nuestros padres provocado la ira del Dios del cielo [12], los entregó él en manos de Nabucodonosor el caldeo, rey de Babilonia, el cual destruyó también esta casa, y trasladó su pueblo a Babilonia. [13] Mas el año primero de Ciro, rey de Babilonia [13], el rey Ciro dio un decreto para que esta casa de Dios fuera reedificada. [14] Pues aun los vasos de oro y de plata del templo de Dios, que Nabucodonosor había quitado del templo de Jerusalén, y transportado al templo de Babilonia, los sacó el rey Ciro del templo de Babilonia, y fueron entregados a uno llamado Sasabasar o Zorobabel, a quien además constituyó príncipe o gobernador de los judíos [14]; [15] y le dijo: Toma estos vasos, y ve a reponerlos en el templo de Jerusalén, haciendo que la casa de Dios sea reedificada en su antiguo sitio [15]. [16] Entonces, Sasabasar, viniendo acá, echó los cimientos del templo de Dios en Jerusalén, y desde aquel tiempo hasta ahora se va edificando, y todavía no está concluido [16].

[17] Ahora, pues, si parece bien al rey haga buscar el archivo real, que está en Babilonia [17], si es verdad que el rey Ciro

mandó reedificar la casa de Dios en Jerusalén, y háganos saber sobre esto su real voluntad.

¿Sabías que?

El Darío de estos capítulos contó él mismo cómo llegó al trono. En la roca de Behistún (Bisotún), en el oeste de Irán, junto al antiguo camino de caravanas de Babilonia a Ecbatana, mandó tallar a gran altura un relieve y una larga inscripción en tres lenguas: persa antiguo, elamita y babilonio. En ella dice que un mago, Gaumata, se había hecho pasar por Bardiya, hermano de Cambises, y que él lo mató y venció después a los rebeldes de todo el imperio. Darío mandó copias «a todas las tierras», y entre los papiros de los judíos de Elefantina, en Egipto, apareció una versión aramea. El británico Henry Rawlinson copió la inscripción y publicó el texto persa, con su traducción, hacia 1846-1847: fue la llave para descifrar la escritura cuneiforme.

Los días de Ageo y Zacarías

Fecha	Cita	Qué pasa
538-536 a. C.	Esd 1; 3,8-10; 5,16	Decreto de Ciro; primeros cimientos
520, mes 6.º, día 1	Ag 1,1-11	Agosto-septiembre: «¿Conque es tiempo de que vosotros habitéis en casas de hermosos artesonados…?»
520, mes 6.º, día 24	Ag 1,12-15; Esd 5,1-2	Se reanuda la obra
520, mes 7.º, día 21	Ag 2,1-9	Septiembre-octubre: «La gloria de este último templo será… mayor que la del primero»
520, mes 8.º	Zac 1,1-6	Octubre-noviembre: «Convertíos a mí»
520, mes 9.º, día 24	Ag 2,10-23	Noviembre-diciembre: los cimientos; Zorobabel, «anillo de sellar»
519, mes 11.º, día 24	Zac 1,7 – 6,15	Sabat, enero-febrero: las visiones nocturnas; Josué y Zorobabel
520-518	Esd 5,3 – 6,13	Tatanai pregunta; el memorial de Ciro; el decreto de Darío
518, mes 9.º, día 4	Zac 7–8	Casleu, noviembre-diciembre: el ayuno y la ciudad de la paz
515, mes 12.º, día 3	Esd 6,15-18	Adar, febrero-marzo: el templo terminado y dedicado
515, mes 1.º, día 14	Esd 6,19-22	Nisán, marzo-abril: la Pascua

Los años se cuentan por el reinado de Darío I, de primavera a primavera, y los meses desde Nisán; las equivalencias con nuestro calendario son aproximadas. Como antes Ezequiel, Ageo y Zacarías fechan sus oráculos con precisión. La Iglesia lee sus libros, con el de Malaquías, en el Oficio de lectura de la 28.ª semana del tiempo ordinario.

PAUSA

1. Dos profetas bastaron para poner en pie a un pueblo desanimado. ¿Qué palabra de Dios te ha levantado a ti cuando todo estaba parado?
2. Ante el gobernador, los ancianos empezaron diciendo quiénes eran: «siervos del Dios del cielo y de la tierra». ¿Cómo te presentas tú cuando te piden razón de lo que haces?
3. Los ancianos confesaron sin rodeos el pecado de sus padres. ¿Puedes mirar tu propia historia con esa misma verdad, sin culpar a otros?

Para orar. *Señor, que tu ojo vele sobre la obra de mis manos, y que yo trabaje sabiendo que me miras.*

6

El templo terminado, la dedicación y la Pascua

Darío manda buscar en los archivos, y en Ecbatana aparece el memorial de Ciro: medidas, gastos y vasos (vv. 1-5). El rey confirma el decreto, ordena pagar la obra y los sacrificios con los tributos de la provincia y amenaza a quien lo estorbe (vv. 6-12). El templo se termina en el mes de Adar del año sexto de Darío, el 515 a. C., y se dedica con alegría (vv. 13-18); aquí acaba la sección aramea. La primera mitad del libro se cierra con la Pascua, que celebran juntos los que volvieron del destierro y los que se unieron a ellos para buscar al Señor (vv. 19-22).

El memorial de Ciro

1 Entonces el rey Darío despachó sus órdenes, y registráronse los libros que se guardaban en los archivos de
Babilonia [1]; 2 y se halló en el de Ecbatana, fortaleza situada en la provincia de Media [2], un volumen donde estaba
escrita la siguiente memoria:

3 Año primero del rey Ciro. El rey Ciro ha ordenado que se reedifique la casa de Dios en su sitio de Jerusalén, a fin de que se ofrezcan allí sacrificios; y que se echen los cimientos correspondientes a una elevación de sesenta codos, y otros tantos de anchura o extensión [3], 4 con tres órdenes

de piedras sin labrar, y otros órdenes de maderos nuevos [4]; y que los gastos se suministren de la casa del rey. [5] Que además de esto se restituyan y repongan en el templo de Jerusalén, en el lugar en que antes estaban en el templo de Dios, los vasos de oro y de plata quitados por Nabucodonosor [5] del templo de Jerusalén, y trasladados a Babilonia.

El decreto de Darío

[6] Ahora, pues, tú, Tatanai, gobernador de la otra parte del río, y tú, Starbuzanai, con vuestros consejeros, los afarsaqueos, que habitáis en el otro lado del río, retiraos lejos de ellos, [7] y dejad construir el templo al caudillo de los judíos [6] y a sus ancianos, y que reedifiquen aquella casa de Dios en su lugar. [8] Sobre lo cual tengo también mandado cómo debe procederse para con aquellos ancianos de los judíos, a fin de que sea edificada la casa de Dios; y es que del erario del rey, esto es, de los tributos que paga el territorio del otro lado del río [7], se les suministren con puntualidad los caudales a dichos varones, para que no se retarde la obra; [9] y que si fuere necesario, se les den cada día becerros y corderos, y cabritos para los holocaustos al Dios del cielo, y trigo, vino, sal y aceite [8], según el rito de los sacerdotes que están en Jerusalén, de modo que no haya motivo de queja, [10] y de esta manera ofrezcan oblaciones al

Dios del cielo, y rueguen por la vida del rey y de sus hijos [9].

[11] Yo, pues, he decretado que cualquiera que contravenga esta orden, se tome un madero de su casa y se plante en tierra, y sea en él clavado tal hombre, y confiscada la casa [10]. [12] Disipe Dios, que estableció allí su santo Nombre, todos los reinos y pueblos [11] que extendiesen la mano para oponerse, o destruir aquella casa de Dios, que está en Jerusalén. Yo Darío he firmado este decreto, que quiero se cumpla puntualmente.

El templo terminado y dedicado

[13] Tatanai, pues, gobernador de la otra parte del río, y Starbuzanai con sus consejeros, ejecutaron exactamente la orden del rey Darío. [14] Los ancianos de los judíos por su parte llevaban adelante la construcción, saliéndoles todo con felicidad, según la profecía de Aggeo profeta, y de Zacarías [12], hijo de Addo; y con esto erigieron y construyeron el edificio por mandato del Dios de Israel, y de orden de Ciro, y de Darío, y de Artajerjes, reyes de Persia. [15] Y concluyeron la obra de esta casa de Dios el día tres del mes de Adar, el sexto año del reinado del rey Darío [13].

[16] Entonces los hijos de Israel, y los sacerdotes y levitas, y cuantos habían vuelto del cautiverio, celebraron con gozo la dedicación o consagración [14] de la casa de Dios; [17] para

cuya dedicación ofrecieron cien becerros, doscientos carneros, cuatrocientos corderos, y doce machos cabríos por el pecado de todo Israel, según el número de sus tribus [15].
18 Y los sacerdotes fueron distribuidos por sus órdenes, y los levitas por sus turnos para servir al culto de Dios en Jerusalén, como está escrito en la ley de Moisés [16].

La Pascua

19 Celebraron asimismo los hijos de Israel, venidos del cautiverio, la Pascua el día catorce del mes primero [17].
20 Porque los sacerdotes y levitas se habían purificado desde el primero hasta el último, estando todos limpios, a fin de inmolar la Pascua por todos los israelitas venidos del cautiverio y por sus hermanos los sacerdotes, y por ellos mismos. 21 Y la comieron los hijos de Israel vueltos de la salida [18], con todos aquellos que, separándose de la inmundicia o idolatría de las gentes del país, se habían agregado a ellos [19] para seguir al Señor Dios de Israel. 22 Y celebraron con alegría la solemnidad de los Ázimos durante siete días; por haberlos el Señor consolado, y por haber trocado a favor de ellos el corazón del rey de Asiria [20] para que los ayudase, y diese la mano en la construcción de la casa del Señor Dios de Israel.

¿Sabías que?

Entre los papiros arameos de la guarnición judía de Elefantina, una isla del Nilo en el sur de Egipto, hay una carta del año quinto de Darío II, el 419 a. C. Un tal Hananías escribe a «mis hermanos, Yedonías y sus compañeros, la guarnición judía», y les comunica, según la reconstrucción más aceptada, una orden del rey: deben contar catorce días del mes de Nisán, guardar siete días de panes ázimos, del 15 al 21, estar puros, no trabajar el primero ni el último día y no tener en casa nada fermentado. El papiro está muy roto, y la palabra «Pascua» es una reconstrucción probable de los editores; pero muestra, como Esd 6, a un rey persa que interviene en el calendario religioso de los judíos. Algunos identifican a este Hananías con el hermano de Nehemías (ver Neh 1).

Las cartas del archivo real

Documento	Cita	Qué dice
Proclama de Ciro (en hebreo)	1,2-4	Que suban los del pueblo del Señor y edifiquen; que los vecinos los ayuden
Acusación bajo Asuero	4,6	Solo se menciona
Beselam, Mitrídates y Tabeel	4,7	Solo se menciona: escrita en arameo
Reum y Samsai a Artajerjes	4,8-16	«Ciudad rebelde»: reedificada, no pagará tributo
Respuesta de Artajerjes	4,17-22	Que cese la obra «hasta tanto que yo quizá mande otra cosa»
Tatanai a Darío	5,6-17	La respuesta de los ancianos; que se busque en el archivo
Memorial de Ciro	6,2-5	Hallado en Ecbatana: medidas, gastos, vasos
Decreto de Darío	6,6-12	No estorbar; pagar; rezar por el rey; penas
Artajerjes a Esdras	7,12-26	Volver; ofrendas; exención; jueces; penas
Edictos a los sátrapas	8,36	Solo se mencionan

Salvo la proclama de 1,2-4 y los que solo se mencionan, todos se citan en arameo, la lengua de la cancillería persa (4,8 – 6,18; 7,12-26). Su saludo y el «y ahora» que introduce el asunto se parecen a los de las cartas arameas de la época halladas en Elefantina, en Egipto. Muchos estudiosos piensan que reflejan documentos reales, quizá retocados; otros lo discuten. Nehemías llevará también cartas del rey (Neh 2,7-9).

PARA PROFUNDIZAR

Profetas, reyes y la oración por el rey: el templo terminado

Un versículo resume los capítulos 5 y 6: los ancianos edificaban «según la profecía de Aggeo profeta, y de Zacarías», y terminaron el edificio «por mandato del Dios de Israel, y de orden de Ciro, y de Darío, y de Artajerjes» (6,14). Dos causas para una sola obra: la palabra de Dios, que llega por los profetas, y las decisiones de los reyes, que Dios dirige. El templo del 515 es obra de las dos.

Los profetas pusieron la obra en marcha. Ageo empezó con una pregunta incómoda: «¿Conque es tiempo de que vosotros habitéis en casas de hermosos artesonados, y esta casa estará abandonada?» (Ag 1,4). A los que lloraban la pobreza del nuevo templo les prometió que su gloria sería mayor que la del primero (Ag 2,3-9). Zacarías dio la clave de todo: «No ha de ser por medio de un ejército, ni con la fuerza, sino por la virtud de mi espíritu» (Zac 4,6). En sus visiones aparecen los dos jefes del pueblo, el sumo sacerdote Josué (Zac 3) y Zorobabel, cuyas manos acabarán el templo (Zac 4,9). Ageo llamó a Zorobabel «anillo de sellar» del Señor (Ag 2,23), y Zacarías anunció a un varón «cuyo nombre es Oriente», que edificaría el templo (Zac 3,8; 6,12). En hebreo es tsémaj, el «vástago» de David que había prometido Jeremías (Jer 23,5); la Vulgata, siguiendo al griego, dice «Oriens», y la Iglesia lo canta en el Benedictus, «visitavit nos Oriens ex alto» (Lc 1,78), y en la antífona «Oh Oriente» del 21 de diciembre. Muchos piensan que esas esperanzas se centraron primero en Zorobabel, que des-

pués desaparece del relato (ver nota a 6,7); la fe cristiana las vio cumplidas en Cristo, descendiente de Zorobabel (Mt 1,12-16).

Los ancianos dieron ante el gobernador algo más que papeles: una pequeña profesión de fe, sin arrogancia y sin esconder el pecado propio (5,11-15). Los reyes, por su parte, actúan como reyes. Ciro dejó un memorial con medidas y presupuesto (6,3-5); Darío lo confirma, manda pagar la obra y los sacrificios y amenaza al que estorbe con el empalamiento y con la maldición del Dios «que estableció allí su santo Nombre» (6,6-12). El libro cuenta esas penas sin hacerlas suyas, y la lectura litúrgica las omite. Lo que subraya es otra cosa: que Dios trocó «el corazón del rey» (6,22).

En medio del decreto hay una petición: que los sacerdotes ofrezcan sacrificios «y rueguen por la vida del rey y de sus hijos» (6,10). Israel había aprendido en el destierro a rezar por quien lo gobernaba: Jeremías lo mandó (Jer 29,7) y Baruc lo practica (Bar 1,11). San Pablo pide súplicas «por los reyes y por todos los constituidos en alto puesto, a fin de que tengamos una vida quieta y tranquila» (1 Tim 2,1-2), cuando los reyes eran paganos. El Catecismo recoge la más antigua oración de la Iglesia por la autoridad política, la de san Clemente Romano: «Dirige, Señor, su consejo según lo que es bueno» (n. 1900), y la cuenta entre los deberes del ciudadano (n. 2240). La oración universal del Viernes Santo tiene una súplica por los gobernantes, y la oración de los fieles de la misa suele pedir por ellos. Rezar por un gobernante no es aprobar todo lo que hace: es ponerlo en manos de Dios, que tiene en su mano el corazón del rey (Prov 21,1).

El templo terminado se dedicó «con gozo» (6,16). Las ofrendas fueron pocas al lado de las de Salomón, pero se ofreció por las doce tribus, por «todo Israel» (6,17), y la Pascua la comieron con los repatriados los que se habían apartado de la idolatría para buscar al Señor (6,21). El templo pobre del 515 era la casa de un pueblo que se sabía entero y que estaba abierto a quien llegara. San Agustín vio en la promesa de Ageo el anuncio de otra casa, la Iglesia, edificada con «piedras vivas», los hombres que creen (*La ciudad de Dios* XVIII,45.48; 1 Pe 2,5; Catecismo, n. 756). La misa del martes de la 25.ª semana del tiempo ordinario, en los años impares, lee la dedicación y la Pascua (Esd 6,7-8.12b.14-20) con el Salmo 122, «Vamos alegres a la casa del Señor», y con el Evangelio en que Jesús dice que su madre y sus hermanos son «aquellos que escuchan la palabra de Dios y la practican» (Lc 8,19-21): la casa de Dios se edifica, al final, con los que escuchan.

PAUSA

1. Darío pidió que se rezara por él, y el pueblo lo hizo. ¿Rezas por los que te gobiernan, también por los que no te agradan?
2. El templo se terminó unos setenta años después de su ruina. ¿Qué reconstrucción lenta está haciendo Dios en tu vida?
3. En la Pascua comieron también los que se habían unido «para seguir al Señor». ¿A quién estás llamado a hacer sitio en tu comunidad?

Para orar. *Señor, haz de mí una piedra viva de tu casa, y que mi alegría sea servirte en ella.*

7

Esdras, sacerdote y escriba

Después de más de medio siglo de silencio entra en escena el personaje que da nombre al libro. El capítulo tiene tres partes: la presentación de Esdras, sacerdote de la familia de Aarón y escriba experto en la ley de Moisés, con el resumen de su viaje (vv. 1-10); la carta en arameo del rey Artajerjes, que lo envía a Jerusalén con dinero, vasos y autoridad para juzgar y enseñar según la ley de su Dios (vv. 11-26), y una bendición en primera persona, con la que empiezan sus memorias (vv. 27-28). La clave está en el v. 10: estudiar la ley, cumplirla y enseñarla.

Esdras, sacerdote y escriba

1 Después de estos sucesos [1], reinando Artajerjes, rey de
Persia, Esdras, hijo de Saraías [2], hijo de Azarías, hijo de
Helcías, 2 hijo de Sellum, hijo de Sadoc, hijo de Aquitob,
3 hijo de Amarías, hijo de Azarías, hijo de Maraiot [3], 4 hijo
de Zarahías, hijo de Ozi, hijo de Bocci, 5 hijo de Abisué,
hijo de Finees, hijo de Eleazar, hijo de Aarón, que fue el
primer sacerdote [4],

6 este Esdras, digo, vino de Babilonia, el cual era un escriba
o doctor muy diestro [5] en la ley de Moisés, dada por el Se-
ñor Dios de Israel; y le otorgó el rey todas sus peticiones,

pues le protegía la mano del Señor Dios suyo [6]. [7] Y con él
vinieron a Jerusalén varios de los hijos de Israel, y de los
hijos de los sacerdotes, y de los hijos de los levitas, y canto-
res y porteros, y natineos [7], el año séptimo del reinado de
Artajerjes; [8] y llegaron a Jerusalén el mes quinto [8] del
mismo año séptimo de aquel rey. [9] Porque el día primero
del primer mes [9] emprendió su viaje desde Babilonia, y el
primer día del mes quinto, asistido de la benéfica mano de
su Dios, arribó a Jerusalén; [10] por cuanto había Esdras diri-
gido su corazón a la investigación de la ley del Señor [10], y a
cumplir y a enseñar en Israel sus preceptos y documentos.

La carta del rey Artajerjes

[11] Esta es la copia de la carta en forma de decreto [11], que dio
el rey Artajerjes a Esdras, sacerdote, escriba o maestro
muy instruido en las palabras y mandamientos del Señor,
y en las ceremonias prescritas por él a Israel:

[12] Artajerjes, rey de los reyes [12], a Esdras sacerdote, escriba
sapientísimo de la ley del Dios del cielo, salud. [13] Ha sido
decretado por mí que cualquiera del pueblo de Israel, y de
sus sacerdotes y levitas, residentes en mi reino, que quisie-
re ir a Jerusalén, vaya contigo; [14] puesto que tú eres envia-
do por parte del rey y de sus siete consejeros o ministros [13]
a visitar la Judea y Jerusalén [14], para arreglarlo todo con-
forme a la ley de tu Dios, en la cual estás tan versado; [15] y a
llevar la plata y el oro, que así el rey como sus consejeros

han ofrecido espontáneamente al Dios de Israel, cuyo tabernáculo está en Jerusalén, [16] Además toda la plata y oro que recogieres en toda la provincia de Babilonia de ofertas voluntarias del pueblo, y lo que espontáneamente ofrecieren los sacerdotes para la casa de su Dios que está en Jerusalén,

[17] tómalo libremente, y cuida de comprar con este dinero becerros, carneros, corderos [15], y hostias u ofrendas con sus libaciones, y ofrece estas cosas sobre el altar del templo de vuestro Dios que está en Jerusalén. [18] Y si a ti y tus hermanos les pareciere bien hacer alguna otra cosa del remanente de la plata y del oro, ejecutadlo conforme a la voluntad de vuestro Dios. [19] Asimismo los vasos [16] que se te dan para servicio de la casa de tu Dios, los presentarás delante de Dios en Jerusalén. [20] En orden a lo demás que fuere menester para la casa de tu Dios, todo cuanto necesites gastar se te dará del tesoro y del fisco real,

[21] y por mí [17]. Yo el rey Artajerjes mando y ordeno a todos los tesoreros del erario público, existentes en la otra parte del río, que cuanto os pidiere Esdras sacerdote, escriba de la ley del Dios del cielo, se lo deis sin dilación, [22] hasta la cantidad de cien talentos de plata, y de cien coros de trigo, y de cien batos de vino, y otros tantos de aceite; mas la sal sin medida [18]. [23] Todo lo perteneciente al culto del Dios del cielo se ha de suministrar puntualmente a la casa del

Dios del cielo, no sea que se irrite contra el reino del rey y de sus hijos [19]. [24] También os notificamos que no tenéis potestad de imponer alcabala, ni tributo [20], ni otras cargas a ninguno de los sacerdotes, y levitas, y cantores, y porteros, y natineos, y sirvientes de la casa de este Dios.

[25] Finalmente, tú, Esdras, según la sabiduría de tu Dios, en la cual estás versado, establece jueces y presidentes [21] para que administren justicia a todo el pueblo que está al otro lado del río, esto es, a todos aquellos que reconocen la ley de tu Dios; y enseñadla libremente también a los que la ignoran. [26] Y cualquiera que no cumpliese exactamente la ley de tu Dios, y la ley o decreto del rey, será condenado a muerte, o a destierro [22], o a una multa pecuniaria, o al menos a cárcel.

«Bendito sea el Señor»

[27] Bendito sea el Señor Dios de nuestros padres [23], el cual puso este pensamiento en el corazón del rey para gloria de la casa del Señor que está en Jerusalén; [28] y me dio prendas de su misericordia para delante del rey, y de sus consejeros, y de todos los grandes cortesanos del rey. Y confortado yo por la mano del Señor mi Dios, que me asistía, junté a los principales de Israel para que se viniesen conmigo.

¿Sabías que?

El Códice Amiatino, una de las Biblias latinas completas más antiguas que se conservan, se copió hacia el año 700 en el monasterio inglés de Wearmouth-Jarrow, donde vivía san Beda el Venerable, autor de un comentario a Esdras y Nehemías. En el 716 el abad Ceolfrido partió con él hacia Roma, como regalo para el papa, y murió en el camino; hoy el códice, de unos 34 kilos, está en la Biblioteca Laurenciana de Florencia. En sus primeras páginas tiene una miniatura de página entera: Esdras escribe ante un armario abierto lleno de libros, y la inscripción latina recuerda que, cuando los libros sagrados fueron destruidos por el fuego de la guerra, Esdras reparó la obra. Es una de las pinturas más antiguas de la Inglaterra anglosajona que se pueden fechar. Y en el códice, como en la Biblia hebrea, Esdras y Nehemías son un solo libro.

Esdras en la tradición

Fuente	Época	Qué dice de Esdras
Esd 7–10	s. V a. C.	Sacerdote y escriba, enviado por el rey con la ley
Neh 8; 12,36	s. V a. C.	Lee la ley al pueblo; encabeza una procesión
Eclo 49,11-13	180 a. C.	Alaba a Zorobabel, a Josué y a Nehemías; calla a Esdras
1 Esdras	¿s. II a. C.?	Une Crónicas, Esdras y Neh 8; añade los tres jóvenes
4 Esdras 14	100 d. C.	Dicta de nuevo los libros quemados y setenta secretos
Flavio Josefo	94 d. C.	Vive bajo Jerjes; muere anciano, enterrado en Jerusalén
San Ireneo	180	Dios lo inspira para restaurar profetas y ley
Talmud	s. III-VI	Digno de recibir la Torá; cambia la escritura
San Jerónimo	394	Esdras y Nehemías, un solo libro
San Agustín	425	«Más historiador que profeta»
Códice Amiatino	700	Esdras escribe ante un armario lleno de libros
Torres Amat	1824	«Escriba veloz, esto es, doctor insigne y venerando»

Fechas aproximadas. Fuentes: Josefo, *Antigüedades* XI,5; san Ireneo, *Contra las herejías* III,21,2; Talmud, *Sanedrín* 21b y *Sukká* 20a; san Jerónimo, prólogo a Esdras; san Agustín, *La ciudad de Dios* XVIII,36; Torres Amat, advertencia. La Biblia presenta a un sacerdote y maestro de la ley; la tradición judía hizo de él un segundo Moisés, y la cristiana, el restaurador de las Escrituras.

PARA PROFUNDIZAR

Esdras, sacerdote y escriba

El libro que lleva su nombre tarda siete capítulos en presentarlo. Cuando por fin aparece, el narrador lo define con dos títulos que se repiten como un estribillo: «Esdras, sacerdote, escriba» (7,11.12.21; Neh 8,9; 12,26). Es sacerdote por nacimiento: su genealogía sube por la familia de los sumos sacerdotes hasta Aarón, «el primer sacerdote» (7,1-5), aunque él no aparece nunca como sumo sacerdote. Y es escriba por formación: sofer mahir, «escriba hábil» en la ley de Moisés (7,6), lo que la Vulgata tradujo scriba velox y Torres Amat explicó en su advertencia como «doctor insigne y venerando». Antes del destierro, el escriba era un funcionario, el secretario del rey; con Esdras, la palabra empieza a designar al hombre que estudia, conserva y explica la Escritura.

Un versículo resume su vida: «había Esdras dirigido su corazón a la investigación de la ley del Señor, y a cumplir y a enseñar en Israel sus preceptos» (7,10). El hebreo dice lidrosh, «buscar»; de ese verbo nacerá la palabra midrash, la interpretación de la Escritura. El orden es significativo: estudiar, cumplir, enseñar. El que enseña sin haber cumplido es un maestro vacío; el que cumple sin haber estudiado, un practicante sin raíces. Jesús lo dirá con palabras parecidas: «el que los cumpla y los enseñe, ese será grande en el reino de los cielos» (Mt 5,19). El concilio Vaticano II pide a los ministros de la palabra que se sumerjan en las Escrituras «con asidua lectura y con estudio diligente», y recuerda que a la lectura de la Escritura debe acompañar la oración (*Dei Verbum*,

25). Esdras es el retrato de esa unidad: el escriba que estudia es también el hombre que llora de rodillas en el capítulo 9, y el Catecismo cuenta su oración entre los grandes textos de oración del Antiguo Testamento (n. 2585).

La carta de Artajerjes le da una misión precisa (7,12-26): inspeccionar Judá y Jerusalén según la ley de su Dios, «que está en tu mano»; llevar las ofrendas del rey y de los judíos de Babilonia; nombrar jueces para los judíos de toda la provincia y enseñar la ley a quienes no la conocen. La ley de Moisés recibe así el respaldo del rey de Persia, con penas propias de un decreto imperial (7,26). ¿Qué libro llevaba Esdras en la mano? Probablemente el Pentateuco, en una forma muy cercana a la nuestra; los estudiosos discuten si ya tenía su forma definitiva. Es el libro que leerá ante el pueblo (ver Neh 8). Tampoco es seguro cuándo llegó: el año séptimo de Artajerjes I, el 458 a. C., o el de Artajerjes II, el 398 (ver «Antes de empezar»).

Pocas figuras crecieron tanto en la memoria posterior (ver el cuadro de este capítulo). Ben Sira, que alaba a Zorobabel, a Josué y a Nehemías, no lo nombra (Eclo 49,11-13). Pero para el Talmud, Esdras habría sido digno de recibir la Torá si Moisés no lo hubiera precedido, y a él se debe el paso a la escritura cuadrada (*Sanedrín* 21b); cuando la Torá cayó en el olvido, Esdras subió de Babilonia y la restableció (*Sukká* 20a). El apocalipsis llamado cuarto libro de Esdras, de hacia el año 100 d. C., cuenta que, quemados los libros santos, Esdras los dictó de nuevo (4 Esdras 14), y san Ireneo dice que Dios inspiró a Esdras para restaurar las palabras de los antiguos profetas y la legislación de Moisés (*Contra las herejías* III,21,2). San Agustín, más sobrio, lo llama «más historia-

dor que profeta» (*La ciudad de Dios* XVIII,36). Muchos historiadores modernos ven en él uno de los padres del judaísmo centrado en la Escritura; la fórmula es útil, siempre que no se olvide cuánto hay de leyenda en la imagen posterior.

El Nuevo Testamento conoce a los herederos de Esdras: los escribas. Jesús discute con ellos y critica a los que «dicen y no hacen», pero reconoce que se sientan en la cátedra de Moisés (Mt 23,2-3), y a uno que comprendió el doble mandamiento le dice: «no estás lejos del reino de Dios» (Mc 12,34). Su ideal cabe en una frase: el escriba que se ha hecho discípulo del Reino es como un padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas (Mt 13,52). Es una buena descripción de lo que Esdras quiso ser: un hombre que guarda lo antiguo para que vuelva a dar vida.

PAUSA

1. Esdras «dirigió su corazón» a estudiar la ley, a cumplirla y a enseñarla. ¿Cuál de las tres cosas te cuesta más con la palabra de Dios?
2. El rey decidió, pero Esdras bendijo al Señor, que «puso este pensamiento en el corazón del rey». ¿En qué decisiones ajenas que te favorecieron reconoces hoy la mano de Dios?
3. Esdras llevaba la ley de su Dios «en su mano». ¿Qué lugar ocupa la Biblia en tu casa y en tus días?

Para orar. *Señor, dame un corazón dispuesto a buscar tu palabra, a cumplirla y a transmitirla.*

8

El viaje de Esdras

Es el diario de un viaje, contado por el mismo Esdras. Primero, la lista de los que subieron con él: dos familias sacerdotales, un descendiente de David y doce familias de laicos (vv. 1-14). Después, la parada junto al río Ahava: faltan levitas y hay que ir a buscarlos (vv. 15-20); un ayuno, porque Esdras no quiso pedir escolta al rey, y el tesoro confiado por peso a los sacerdotes (vv. 21-30). Al final, la llegada a Jerusalén, la entrega del tesoro y los sacrificios por «todo Israel» (vv. 31-36). Lo que se pesó al salir se vuelve a pesar al llegar.

Los que subieron con Esdras

1 Estos son, pues, los príncipes de las familias y la
genealogía [1] de los que vinieron conmigo de Babilonia en
el reinado del rey Artajerjes: 2 De los hijos de Finees, Ger-
som. De los hijos de Itamar, Daniel. De los hijos de David,
Hatús [2]. 3 De los hijos de Sequenías, hijos de Farós, Zaca-
rías, y con él se contaron ciento cincuenta hombres. 4 De
los hijos de Fahat Moab, Elioenai, hijo de Zarehé, y con él
doscientos hombres. 5 De los hijos de Sequenías, el hijo de
Ezequiel [3], y con él trescientos hombres. 6 De los hijos de
Adán, Abed, hijo de Jonatán, y con él cincuenta hombres.

7 De los hijos de Alam, Isaías, hijo de Atalía, y con él setenta hombres.

8 De los hijos de Safatías, Zebedía, hijo de Micael, y con él ochenta hombres. 9 De los hijos de Joab, Obedía, hijo de Jahiel, y con él doscientos dieciocho hombres. 10 De los hijos de Selomit, el hijo de Josfías, y con él ciento sesenta hombres. 11 De los hijos de Bebai, Zacarías hijo de Bebai, y con él veintiocho hombres. 12 De los hijos de Azgad, Johanán, hijo de Eccetán, y con él ciento diez hombres. 13 De los hijos de Adonicam, que fueron los últimos [4], son estos los nombres: Elifelet y Jehiel, y Samaías, y con ellos sesenta hombres. 14 De los hijos de Begui, Utai y Zacur, y con ellos setenta hombres.

Levitas para la casa de Dios

15 Los congregué, pues, junto al río, que desagua en el Ahava [5], y nos detuvimos allí tres días; y habiendo buscado entre el pueblo y entre los sacerdotes algunos hijos de Leví, no hallé allí ninguno. 16 Por tanto, despaché a Eliezer, y Ariel, y Semeías, y Elnatán, y Jarib, y el otro Elnatán, y a Natán, y a Zacarías y a Mosollam personas principales, y a Joyarib y Elnatán, hombres sabios [6]; 17 y los envié a Eddo, judío, que era el que gozaba mayor reputación en el lugar de Casfía [7], y puse en su boca la palabra que habían de decir a Eddo, y a sus hermanos los natineos en el

lugar de Casfía, para que nos trajesen ministros de la casa de nuestro Dios.

18 Y por la bondad de nuestro Dios sobre nosotros, nos trajeron un varón doctísimo [8] de los hijos de Moholi, hijo de Leví, hijo de Israel, y a Sarabías con sus hijos y hermanos, en número de dieciocho. 19 Asimismo a Hasabías, y con él a Isaías de los hijos de Merari, y a sus hermanos e hijos, que eran veinte. 20 De los natineos, destinados por David y los príncipes al servicio de los levitas [9], doscientos veinte natineos, todos los cuales se distinguían por sus propios nombres.

El ayuno junto al río Ahava

21 Allí junto al río Ahava ordené un ayuno [10], a fin de humillarnos en el acatamiento del Señor Dios nuestro, y pedirle feliz viaje para nosotros, y para nuestros hijos, y para todos nuestros haberes. 22 Pues tuve vergüenza de pedir al rey escolta [11] de soldados de a caballo, que nos defendiera de los enemigos en el viaje; porque habíamos dicho al rey: La mano de nuestro Dios asiste a todos aquellos que le buscan con sinceridad; y su imperio, y su poder, y su indignación se hacen sentir de todos los que le abandonan. 23 A este fin, pues, ayunamos, e hicimos oración a nuestro Dios, y todo nos sucedió prósperamente.

24 Y escogí doce de los principales sacerdotes [12], a Sarabías
y a Hasabías, con otros diez de sus hermanos; 25 y les entre-
gué por peso el oro y la plata, y los vasos consagrados a la
casa de nuestro Dios, ofrecidos por el rey, y sus consejeros,
y magnates, y por todos los israelitas que se habían halla-
do allí. 26 Y puse en sus manos seiscientos cincuenta talen-
tos de plata [13], y cien vasos de plata, con cien talentos de
oro; 27 y además veinte tazones de oro, de mil dracmas de
peso, y dos vasos de bronce acicalado, y muy fino, tan vis-
tosos como los de oro.

28 Y les dije: Vosotros sois santos o consagrados al Señor, y
santos son los vasos [14], y la plata y el oro ofrecido espontá-
neamente al Señor Dios de nuestros padres. 29 Custodiad
con vigilancia todo esto, hasta que lo entreguéis por su
peso en el tesoro de la casa del Señor en Jerusalén ante los
príncipes de los sacerdotes y levitas y jefes de las familias
de Israel. 30 Recibieron, pues, los sacerdotes y levitas por
peso la plata y el oro, y los vasos, para llevarlo a Jerusalén
a la casa de nuestro Dios.

La llegada a Jerusalén

31 Partimos, en fin, de la ribera del río Ahava el día doce del
mes primero [15], camino de Jerusalén; y la mano de nues-
tro Dios nos protegió y nos libró de caer en las manos de
los enemigos y salteadores, durante el viaje. 32 Por último,
llegamos a Jerusalén donde descansamos tres días. 33 Al

cuarto día se hizo la entrega por peso del oro y de la plata y de los vasos en la casa de nuestro Dios, por mano de Meremot, hijo de Urías, sacerdote [16], estando presente Eleazar, hijo de Finees, en compañía de los levitas Jozabed, hijo de Josué, y Noadaya, hijo de Bennoi. [34] Todo fue contado y pesado; y de todo se hizo entonces inventario.

[35] Asimismo, los hijos de la salida, venidos del cautiverio, ofrecieron holocaustos al Dios de Israel: doce becerros por todo el pueblo israelítico [17], noventa y seis carneros, setenta y siete corderos, doce machos cabríos por el pecado; todo en holocausto al Señor. [36] En fin, presentaron los edictos del rey a los sátrapas de su corte [18] y a los gobernadores de la otra parte del río, los cuales favorecieron al pueblo y a la casa de Dios.

¿Sabías que?

El Talmud atribuye a «Esdras el escriba» diez ordenanzas (*Baba Kama* 82a). Entre ellas, que se lea la Torá el sábado por la tarde y todos los lunes y jueves; que los tribunales se reúnan esos días, cuando la gente del campo venía a la ciudad para la lectura; que se lave la ropa el jueves, en honor del sábado, y que las mujeres se levanten temprano a cocer el pan, para que haya pan para los pobres que piden por la mañana. El mismo Talmud reconoce que la lectura de los lunes y jueves era más antigua, y que Esdras fijó cuántos debían leer y cuántos versículos. Sea cual sea su historia, la tradición vio en Esdras al hombre que llevó la ley a la vida de cada semana, y las sinagogas siguen leyendo la Torá los lunes, los jueves y los sábados.

El viaje de Esdras

Fecha	Lugar	Qué pasa
Mes 1.º, día 1	Babilonia	Año séptimo de Artajerjes: empieza «la subida» (7,9)
Días siguientes	Río Ahava	Tres días de acampada; no hay levitas (8,15)
—	Casfía	Eddo envía 38 levitas y 220 natineos (8,17-20)
—	Río Ahava	Ayuno y oración; no se pide escolta (8,21-23)
—	Río Ahava	El oro, la plata y los vasos, pesados y confiados a sacerdotes y levitas (8,24-30)
Mes 1.º, día 12	Río Ahava	Salida hacia Jerusalén; Dios los libra de enemigos y salteadores (8,31)
Mes 5.º, día 1	Jerusalén	Llegada (7,8-9); tres días de descanso (8,32)
Día 4.º	El templo	Todo se pesa de nuevo y se hace inventario (8,33-34)
—	El templo	Holocaustos «por todo Israel» (8,35)
—	La otra parte del río	Los edictos del rey, a los sátrapas y gobernadores (8,36)
Mes 9.º, día 20	Plaza del templo	La asamblea bajo la lluvia (10,9-15)
Mes 10.º, día 1	Jerusalén	Empieza la investigación por familias (10,16)
Mes 1.º, día 1	Jerusalén	Termina, un año después de la salida (10,17)

El mes primero, Nisán, cae en marzo-abril; el quinto, Ab, en julio-agosto; el noveno, Casleu, en noviembre-diciembre, y el décimo, Tebet, en diciembre-enero. Desde el Ahava, unos tres meses y medio de viaje, probablemente remontando el Éufrates y bajando por Siria: unos 1.400-1.500 km, según los cálculos habituales. En la lista de 8,3-14 se cuentan 1.496 varones de doce familias de laicos, además de los jefes, los sacerdotes, los levitas y los natineos, y de las mujeres y los niños (8,21).

PAUSA

1. Esdras se avergonzó de pedir escolta después de haber hablado al rey de la mano de Dios. ¿Concuerdan tus obras con lo que dices creer?
2. Antes de un viaje peligroso, Esdras reunió a todos para ayunar y orar. ¿Cómo preparas tú las decisiones y los caminos importantes?
3. Todo lo que se pesó al salir se volvió a pesar al llegar. ¿Cómo cuidas lo que se te ha confiado?

Para orar. *Señor, que tu mano bondadosa me acompañe en el camino y me encuentre fiel al llegar.*

9

La oración de Esdras

Una noticia rompe la alegría de la llegada: muchos, también sacerdotes, levitas y jefes, se han casado con mujeres de los pueblos vecinos. El capítulo tiene dos partes. En la primera (vv. 1-4), Esdras escucha el informe, rasga sus vestidos, se arranca el pelo y se queda sentado, desolado, hasta la hora del sacrificio de la tarde. En la segunda (vv. 5-15), de rodillas y con las manos alzadas, pronuncia una de las grandes oraciones penitenciales de la Biblia: no acusa a los culpables, sino que confiesa «nuestras maldades», recuerda la misericordia recibida y termina sin pedir nada: «Justo eres tú».

La noticia y el duelo

1 Cumplidas estas cosas, acudieron a mí los príncipes de las
familias, diciendo: Ni el pueblo de Israel, ni los sacerdotes
y levitas se han mantenido segregados [1] de los pueblos de
estos países y de sus abominaciones, es a saber, de los ca-
naneos, heteos y ferezeos [2], de los jebuseos y amonitas, y
moabitas, y egipcios, y amorreos; 2 porque han tomado de
sus hijas esposas para sí y para sus hijos, y han mezclado el
linaje santo con las naciones del país [3]; habiendo sido los
príncipes y magistrados los primeros cómplices en esta
transgresión. 3 Al oír estas palabras, penetrado de dolor

rasgué mi manto y la túnica [4], y mesé los cabellos de mi cabeza y de mi barba, y me senté lleno de tristeza.
[4] Entonces acudieron a mí todos los temerosos de las palabras del Dios de Israel [5], en vista de la prevaricación de aquellos que habían venido del cautiverio antes de nosotros, y yo permanecí sentado y poseído de angustias hasta el sacrificio de la tarde.

La oración de Esdras

[5] Y al tiempo del dicho sacrificio vespertino [6] salí de la consternación en que había estado; y rasgados el manto y la túnica, me arrodillé, y alcé mis manos al Señor Dios mío [7], [6] diciendo: Oh Dios mío, estoy lleno de confusión y me avergüenzo de levantar hacia ti mi rostro [8], porque nuestras maldades se han multiplicado sobre nuestra cabeza, y nuestros delitos han subido hasta el cielo [7] desde los días de nuestros padres [9]; y además nosotros mismos hemos pecado gravemente hasta este día, y por nuestras iniquidades hemos sido abandonados nosotros, y nuestros reyes y nuestros sacerdotes en manos de los reyes de la tierra, y al cuchillo, y la esclavitud, y al saqueo, y a los oprobios, como se ve aún este día.

[8] Si bien ahora por un poco, y como por un momento [10], han sido admitidos nuestros ruegos por el Señor Dios nuestro, a fin de que fuesen puestos en libertad los restos de nuestro pueblo, y se nos diese estabilidad o morada

segura [11] en su lugar santo, y alumbrase el Señor Dios nuestro nuestros ojos, y nos concediese respirar algún tanto en nuestra esclavitud, [9] porque esclavos éramos [12]; mas en medio de nuestra esclavitud no nos ha desamparado nuestro Dios; antes bien ha inclinado a misericordia, para con nosotros, al rey de Persia, a fin de que éste nos diese la vida concediéndonos la libertad, y ensalzase la casa de nuestro Dios, y reparase sus ruinas, y nos diese acogida segura en Judá y en Jerusalén [13].

[10] Y ahora, oh Dios nuestro, ¿qué diremos después de tales cosas? Nosotros que hemos despreciado de nuevo tus mandamientos, [11] ordenados por medio de tus siervos los profetas, diciéndonos: La tierra en cuya posesión vais a entrar, es una tierra inmunda (como son inmundos los otros pueblos y demás países), por causa de las abominaciones e inmundicias de los ídolos [14], que la han inundado de un cabo a otro; [12] por tanto no daréis vuestras hijas a sus hijos, ni tomaréis sus hijas por esposas de vuestros hijos, ni procuraréis jamás la amistad ni su prosperidad [15], si queréis haceros poderosos, y comer de los bienes de esta tierra, y dejarla a vuestros hijos en perpetua herencia.

[13] Y después de todos los desastres que han caído sobre nosotros por nuestras pésimas obras, y por nuestro gran pecado, tú, oh Dios nuestro, nos has librado de la pena de nuestra iniquidad [16], y nos has salvado, como se ve hoy

día; [14] con la condición de que no volvamos atrás, ni violemos tus mandamientos, ni emparentemos con los pueblos reos de semejantes abominaciones. ¿Por ventura estás irritado contra nosotros hasta querer nuestro total exterminio, de suerte que no dejes salvos ni aun los restos de nuestro pueblo? [15] Justo eres tú, oh Señor Dios de Israel [17]; nosotros hemos quedado para que seamos salvados por ti, como se ve este día. Aquí estamos delante de ti con nuestro delito, para que lo perdones; porque no se puede sostener o excusar en tu presencia tal atentado.

¿Sabías que?

El 12 de marzo de 2000, primer domingo de Cuaresma del Año Santo, san Juan Pablo II celebró la misa de la «Jornada del perdón». En la oración universal, el papa confesó ante Dios las culpas de los hijos de la Iglesia en siete peticiones, y tras cada una se encendió una lámpara ante el crucifijo: una confesión general, y otras por la intolerancia en el servicio de la verdad, por las divisiones entre los cristianos, por los pecados contra el pueblo de Israel, contra las culturas y las religiones, contra la dignidad de la mujer y contra los derechos de la persona. Días antes se había publicado el documento de la Comisión Teológica Internacional que preparaba ese gesto, *Memoria y reconciliación*, que cuenta la oración de Esdras entre las confesiones bíblicas de las culpas «de nuestros padres» (v. 7).

PARA PROFUNDIZAR

«Justo eres tú»: la oración penitencial de Esdras

La oración de Esdras nace de una mala noticia. Los jefes le informan de que muchos, y ellos los primeros, se han casado con mujeres de los pueblos vecinos (9,1-2). Esdras no responde con un discurso, sino con el cuerpo: rasga sus vestidos, se arranca el pelo y se sienta desolado, sin hablar, hasta la hora del sacrificio de la tarde. A su alrededor se reúnen los que «tiemblan» ante la palabra de Dios. Cuando llega la hora de la ofrenda, en que todo el templo se volvía oración, se arrodilla, alza las manos y habla (9,5). El Catecismo cuenta esta oración entre los textos que, «desde David hasta la venida del Mesías», atestiguan el sentido profundo de la oración por sí mismo y por los demás (n. 2585).

La oración (9,6-15) avanza en cuatro movimientos. Empieza por la vergüenza: «me avergüenzo de levantar hacia ti mi rostro», porque los pecados han subido hasta el cielo «desde los días de nuestros padres» (vv. 6-7). Sigue el recuerdo de la gracia: «por un poco, y como por un momento», Dios ha dejado un resto, una estaca en su lugar santo, una luz en los ojos, un poco de vida en la esclavitud (vv. 8-9). Después viene la confesión del pecado presente: se han despreciado los mandamientos dados «por medio de tus siervos los profetas» (vv. 10-12). Y al final, ninguna petición: «Justo eres tú… Aquí estamos delante de ti con nuestro delito» (vv. 13-15).

Lo más notable es un pronombre. Esdras no se había casado con una extranjera; había llegado de Babilonia pocos meses antes. Podría haber dicho «ellos». Dice «nosotros»: «nuestras malda-

des», «nuestros delitos», «hemos despreciado». Se pone del lado de los culpables, como Moisés al pedir «perdona nuestra culpa» (Éx 34,9), como Nehemías (Neh 1,6) y como Daniel (Dn 9,5): es la actitud del intercesor, que no se separa del pueblo por el que ruega. Nehemías, en una crisis parecida, arrancará los cabellos a los culpables (Neh 13,25); Esdras se los arranca a sí mismo. De estas confesiones aprendió la Iglesia a pedir perdón por los pecados de sus hijos a lo largo de la historia (ver el recuadro de este capítulo).

En medio de la confesión brilla una esperanza pequeña. Todo es «un poco»: un instante de gracia, un resto, una estaca, «un poco de vida». La comunidad vuelta del destierro es poca cosa, todavía sometida a los reyes de Persia, pero Dios no la ha abandonado (v. 9). El Catecismo ve en ese «Resto de pobres que vuelven del Exilio» «una de las figuras más transparentes de la Iglesia» (n. 710), y san Pablo verá en el resto de Israel la prueba de que Dios no ha rechazado a su pueblo (Rom 11,1-5). La conciencia del pecado no apaga la gratitud: precisamente porque Dios ha sido tan bueno, la infidelidad duele tanto.

Esdras no pide nada. No pide que se evite el castigo ni que cambien los culpables; ni siquiera pide perdón en hebreo: el «para que lo perdones» es añadido de Torres Amat. Se presenta con su culpa y reconoce que «no se puede estar en pie» ante Dios (v. 15). Es la oración del publicano, que no se atrevía a levantar los ojos (Lc 18,13), y la del salmo: «si llevas cuenta de los delitos, Señor, ¿quién podrá resistir? Pero de ti procede el perdón» (Sal 130,3-4). El Catecismo enseña que la petición de perdón es «el primer movimiento de la oración de petición», y que tanto la Eucaristía

como la oración personal empiezan por ella (n. 2631). La liturgia lee el comienzo de esta oración el miércoles de la 25.ª semana del tiempo ordinario de los años impares (Esd 9,5-9), con el cántico de Tobías como salmo; su familia, las grandes confesiones de Nehemías, Daniel y Baruc, se estudia en el ensayo de Neh 9.

Hay, sin embargo, una sombra en esta oración. Los mandamientos que cita como palabra de «los profetas» (vv. 11-12) son un mosaico de leyes sobre los pueblos de Canaán, y llevan a la decisión del capítulo 10: la misma oración que confiesa con humildad «hemos pecado» prepara la separación de las mujeres extranjeras. De esa página trata el ensayo siguiente. Pero la lección del capítulo 9 sigue en pie: antes de juzgar a nadie, Esdras se pone de rodillas y se reconoce culpable con todos.

PAUSA

1. Esdras dijo «nuestras maldades», aunque él no había cometido esa falta. ¿Te cuesta incluirte cuando hablas de los pecados de tu familia, de tu comunidad o de tu país?
2. Su oración recuerda las gracias pequeñas: un resto, una estaca, un poco de luz en los ojos. ¿Qué «poco» de gracia has recibido en un tiempo difícil?

Para orar. *Señor, justo eres tú: aquí estoy delante de ti, sin excusas, confiado en tu misericordia.*

10

Las mujeres extranjeras

El último capítulo del libro cuenta, sin adornos, una de las decisiones más duras de la Biblia. Mientras Esdras llora ante el templo, Sequenías propone despedir a las mujeres extranjeras y a sus hijos, y Esdras hace jurar a todos (vv. 1-8). El pueblo se reúne bajo la lluvia del invierno, acepta y pide un procedimiento ordenado; cuatro hombres se oponen o, según la Vulgata, se encargan del asunto (vv. 9-17). La lista de los culpables, con los sacerdotes en primer lugar, cierra el capítulo y el libro (vv. 18-44), que termina sin decir qué fue de las mujeres y de los niños.

La propuesta de Sequenías

1 Mientras así oraba Esdras, pidiendo misericordia y
llorando [1], postrado ante el templo de Dios, se reunió al-
rededor de él un concurso grandísimo de hombres y muje-
res y niños de Israel, y prorrumpió el pueblo en un desha-
cho llanto. 2 Y tomando la palabra Sequenías, hijo de
Jehiel, del linaje de Elam [2], dijo a Esdras: Nosotros hemos
prevaricado contra nuestro Dios, y tomado por esposas
mujeres extranjeras de los pueblos de esta tierra; mas aho-
ra ya que Israel se arrepiente de ello [3], 3 hagamos pacto
con el Señor Dios nuestro de despedir todas estas mujeres
y los hijos nacidos de ellas [4], conforme a la voluntad del

Señor y de los que respetan el mandamiento del Señor Dios nuestro; ejecútese lo que la ley ordena [5]. 4 Levántate, pues; a ti toca dar disposiciones; nosotros te apoyaremos; esfuérzate y manos a la obra [6].

5 Entonces Esdras se levantó, y juramentó a los príncipes de los sacerdotes y de los levitas, y a todo Israel que lo ejecutarían del modo dicho; y así lo juraron. 6 Partió, pues, Esdras de delante del templo de Dios, y se fue al aposento de Johanán, hijo de Eliasib, sumo sacerdote [7]; y entrado allí no comió ni bebió [8], porque no cesaba de llorar la prevaricación de los que habían venido del cautiverio. 7 Y se publicó un bando en Judá y en Jerusalén para que todos los que habían vuelto de la cautividad se juntasen en Jerusalén; 8 y que a todo el que no compareciese dentro de tres días, según el acuerdo de los príncipes y ancianos, se le confiscaría toda su hacienda [9], y él mismo sería echado de la congregación de los que volvieron del cautiverio.

La asamblea bajo la lluvia

9 Según esto se juntaron a los tres días todos los hombres de Judá y de Benjamín en Jerusalén, el día veinte del mes noveno [10]; y compareció todo el pueblo en la plaza del templo de Dios, temblando a causa de sus pecados y de las lluvias. 10 Entonces Esdras, sacerdote, puesto en pie les dijo: Vosotros habéis prevaricado y tomado mujeres extranjeras, añadiendo este pecado a los delitos de Israel [11].

[11] Ahora bien, dad gloria al Señor Dios de vuestros padres, pidiéndole perdón [12], y haced su voluntad, y separaos de los pueblos del país y de las mujeres extranjeras.

[12] A lo que respondió todo aquel gentío, diciendo en alta voz: Hágase como tú has dicho; [13] mas como la gente es mucha y el tiempo está lluvioso, no podemos estar al descubierto, y no es este negocio de un día ni de dos (por ser tan grande y de tantos el pecado que hemos cometido [13]), [14] señálense entre todo el pueblo algunos principales; y cuantos se hubiesen casado de nuestras ciudades con mujeres extranjeras, comparezcan en tiempos determinados con los ancianos de cada ciudad y sus jueces, hasta que se aplaque el enojo de nuestro Dios, irritado contra nosotros por este pecado. [15] Fueron, pues, diputados para esto [14], Jonatán, hijo de Azahel, y Jaasía, hijo de Tecue, y los levitas Mosollam y Sebetai por adjuntos;

[16] y así lo cumplieron los que volvieron del cautiverio. Con esto el sacerdote Esdras y los jefes de familias pasaron a las casas de sus padres; y anotando a todos por sus nombres, se sentaron en su tribunal el día primero del mes décimo para inquirir sobre esta cosa [15]. [17] Y no se acabó de formar el catálogo de todos los que se habían casado con mujeres extranjeras hasta el primer día del mes primero.

La lista de los que se casaron con extranjeras

18 Y de los hijos de los sacerdotes casados con mujeres extranjeras se hallaron los siguientes: De los hijos de Josué:
los hijos de Josedec [16], y sus hermanos Maasía, y Eliezer, y
Jarib, y Godolía, 19 los cuales prometieron, extendiendo su
mano [17], despedir a sus mujeres, y ofrecer por su delito un
carnero de los rebaños.

20 De los hijos de Emer: Hanani, y Zebedía. 21 De los hijos
de Harim: Maasía y Elía, y Semeía, y Jehiel, y Ozías. 22 Y de
los hijos de Fesur: Elioenai, Maasía, Ismael, Natanael, Jozabed y Elasa. 23 De los hijos de los levitas: Jozabed, y Semei, y Celaya, llamado también Calita [18], Fataya, Judá y
Eliezer. 24 De los cantores: Eliasib; y de los porteros: Sellum, y Telem, y Uri.

25 Y de las otras tribus de Israel [19]: De los hijos de Farós:
Remeía, y Jezía, y Melquía, y Miamín, y Eliezer, y Melquía
y Banea. 26 De los hijos de Elam: Matanía, Zacarías, y
Jehiel, y Abdi, y Jerimot, y Elía. 27 De los hijos de Zetúa:
Elioenai, Eliasib, Matanía, y Jerimut, y Zabad, y Aziza.
28 De los hijos de Bebai: Johanán, Hananía, Zabbai, Atalai.
29 Y de los hijos de Bani: Mosollam, y Melluc, y Adaya, Jasub, y Saal, y Ramot. 30 De los hijos de Fahat Moab: Edna, y
Calal, Banaías, y Maasías, Matanías, Beseleel, Bennui, y
Manasés. 31 De los hijos de Herem: Eliezer, Josué, Melquías, Semeías, Simeón, 32 Benjamín, Maloc, Samarías.

[33] De los hijos de Hasom: Matanai, Matata, Zabad, Elifelet, Jermai, Manasés, Semei.

[34] De los hijos de Bani: Maaddi, Amram y Vel, [35] Baneas, y Badaías, Quelíau, [36] Vanía, Marimut, y Eliasib, [37] Matanías, Matanai, y Jasi, [38] y Bani, y Bennui, y Semei, [39] y Salmías, y Natán, y Adaías, [40] y Mecnedebai, Sisai, Sarai, [41] Ezrel, Selemiau, Semería, [42] Sellum, Amaría, José. [43] De los hijos de Nebo: Jehiel, Matatías, Zabad, Zabina, Jeddu, y Joel, y Banaía. [44] Todos éstos se casaron con mujeres extranjeras, y algunas de ellas habían tenido hijos [20].

¿Sabías que?

En la isla de Elefantina, en el Nilo, vivía en el siglo V a. C. una colonia de soldados judíos cuyos papiros arameos se han conservado (ver el recuadro del capítulo 6). Entre ellos hay contratos de matrimonio. En el 449 a. C., pocos años después de la llegada de Esdras a Jerusalén si esta fue en el 458, un judío llamado Ananías firmó el suyo con Tamut, una esclava de nombre egipcio con la que ya tenía un hijo (el papiro está hoy en el Museo de Brooklyn); su hija recibió un nombre formado con el del Dios de Israel, Yehoishemá. Otra mujer judía de la colonia, Mibtahiah, se casó con un constructor egipcio, Eshor, que en documentos posteriores aparece, según muchos estudiosos, con el nombre judío de Natán. Mientras en Jerusalén se discutía la separación, en Elefantina los matrimonios mixtos eran parte de la vida diaria.

Los matrimonios con extranjeros en la Biblia

Cita	Quién	Qué dice
Gn 24,3-4	Abrahán	Una esposa de la parentela, no cananea
Gn 41,45	José	Se casa con Asenet, egipcia
Nm 12,1-9	Moisés	Dios lo defiende cuando critican a su mujer etíope
Dt 7,3-4	La Ley	No emparentar con los pueblos de Canaán
Dt 23,4-9	La Ley	Amonitas y moabitas, fuera de la asamblea
Rt 4,13-17	Booz	Rut la moabita, bisabuela de David
1 Re 11,1-8	Salomón	Sus mujeres «pervirtieron su corazón»
1 Re 16,31	Ajab	Jezabel lo lleva a servir a Baal
Esd 9–10	Esdras	Despedir a las extranjeras y a sus hijos
Neh 13,23-27	Nehemías	Castiga a los casados con extranjeras
Mal 2,11-16	Malaquías	Contra «la hija de un dios extraño» y el repudio
Tob 4,12	Tobit	Mujer «del linaje de tus padres» (griego)
Mt 1,3-6	Jesús	Tamar, Rahab, Rut y «la de Urías», antepasadas
1 Cor 7,12-16	San Pablo	No despedir al cónyuge no creyente

La razón de las prohibiciones es religiosa, el temor a la idolatría (Dt 7,4; 1 Re 11,4), y la Biblia conserva a la vez la voz de Esdras y la de Rut (Comisión Bíblica, 2014, n. 110). Moisés se había casado con una madianita (Éx 2,21), y el pueblo juró en tiempos de Nehemías no dar ni tomar hijas de otros pueblos (Neh 10,31; 10,30 en Torres Amat). La Iglesia exige dispensa para el matrimonio con un no bautizado y confía al cónyuge católico la tarea de santificar al otro (Catecismo, nn. 1633-1637). En Torres Amat, Dt 23,4-9 es 23,3-8.

PARA PROFUNDIZAR

Las mujeres extranjeras: cómo leer una página difícil

El libro de Esdras termina con una de las páginas más duras de la Biblia, y hay que leerla sin suavizarla. Mientras Esdras llora ante el templo, un laico, Sequenías, propone «despedir todas estas mujeres y los hijos nacidos de ellas» (10,3). Esdras hace jurar a los jefes; se convoca a todos bajo amenaza de perder sus bienes y ser excluidos de la comunidad (10,7-8); el pueblo, temblando bajo la lluvia, acepta y pide que cada caso se examine en fechas fijas, con los ancianos y los jueces de cada ciudad (10,9-14). Tres meses después, una lista nombra a unos ciento diez hombres, empezando por sacerdotes de la familia del sumo sacerdote (10,18-44).

El texto calla mucho. Las mujeres no tienen nombre ni voz; no sabemos si alguna adoraba ya al Dios de Israel, ni qué fue de ellas y de sus hijos. El último versículo es oscuro: la Vulgata dice que «algunas de ellas habían tenido hijos», y el libro griego de Esdras, que «las despidieron con sus hijos» (10,44). Torres Amat supone en nota que «se proveyó al sustento de las madres y de los hijos», pero es una conjetura. Tampoco sabemos cuánto se cumplió: el mismo problema reaparece con Nehemías (Neh 13,23-27), y algunos, como la nota de la Biblia de los obispos de Estados Unidos, piensan que la medida no tuvo éxito.

¿Por qué se llegó a esto? La razón de la Ley es religiosa: «seducirán a tus hijos para que me abandonen y adoren a dioses extranjeros» (Dt 7,4). Todos recordaban a Salomón, cuyo corazón «pervirtieron» sus mujeres extranjeras (1 Re 11,1-8; Neh 13,26). Judá era una provincia diminuta, rodeada de vecinos más fuertes; los

primeros en emparentar con ellos fueron los jefes (9,2), y Nehemías verá a niños que ya no sabían hablar la lengua de su pueblo (Neh 13,24). Para aquella comunidad, perder la fe en el Dios único era perderlo todo. Pero la Ley prohibía casarse con los pueblos de Canaán (Dt 7,3); no mandaba despedir a las esposas ya tomadas, aunque el relato presenta la medida como lo que «la ley ordena» (10,3). Y la expresión «linaje santo» (9,2) inclinaba la santidad hacia la sangre.

La Biblia no deja que esta sea la única voz. En el mismo relato, según una lectura frecuente del hebreo, cuatro hombres se opusieron, aunque no se dice si a la separación o al procedimiento (ver nota a 10,15). Por esos años, Malaquías condena el matrimonio con «la hija de un dios extraño», pero también el repudio: «odio el repudio», dice el Señor según la lectura más difundida de un hebreo difícil (Mal 2,11.14-16; la Vulgata leyó otra cosa). El libro de Rut hace de una moabita la bisabuela de David (ver, en Rut, «"Tu pueblo es mi pueblo"»), e Isaías promete al extranjero que se une al Señor un lugar en su casa (Is 56,3-7). La Comisión Bíblica habla de una tensión, en el judaísmo posterior al destierro, entre tendencias «más conciliadoras y universales» y otras «más cerradas y exclusivistas»: Esdras y Nehemías hicieron posible que se mantuviera la identidad judía, y Rut «reacciona contra la prohibición de los matrimonios mixtos» (*Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura*, 2014, n. 110). Las dos voces son Escritura.

La Iglesia lee estas páginas sabiendo que el Antiguo Testamento contiene «elementos imperfectos y pasajeros» dentro de una «divina pedagogía» (Catecismo, n. 122), y que las páginas «oscuras» tienen una clave: «el Evangelio y el mandamiento nuevo de Jesu-

cristo, cumplido en el misterio pascual» (Benedicto XVI, *Verbum Domini*, n. 42). La Comisión Teológica Internacional menciona aquel repudio «con todas las consecuencias negativas que habría tenido sobre las mujeres implicadas», y explica que el texto no se plantea pedirles perdón porque lo presenta como exigencia de la Ley divina (*Memoria y reconciliación*, 1999, nota 36). No es un modelo.

En Cristo la pregunta cambia de raíz. Él derribó «el muro de separación» (Ef 2,14), en él «ya no hay judío ni griego» (Gál 3,28), y en su genealogía están Tamar, Rahab, Rut y «la de Urías» (Mt 1,3-6). San Pablo responde casi palabra por palabra: si un creyente tiene una esposa no creyente que quiere vivir con él, «no la despida», porque ella queda santificada por él, y los hijos «son santos» (1 Cor 7,12-14). La santidad ya no se defiende apartando: se contagia. La Iglesia conoce las dificultades del matrimonio con un no bautizado y exige para él una dispensa expresa (Catecismo, nn. 1633-1635), pero confía al cónyuge católico la tarea de santificar al otro con su amor y su oración (n. 1637). Y esta página no autoriza ninguna lectura contra los judíos: el pueblo de Esdras es también el de Rut, y la Iglesia, que recibió por medio de él la revelación del Antiguo Testamento, pide que no se presente a los judíos «como reprobados de Dios ni malditos, como si esto se dedujera de las Sagradas Escrituras» (*Nostra aetate*, 4; ver Catecismo, n. 839).

PAUSA

1. El celo de Esdras y de Sequenías tuvo un precio para personas que no aparecen en el relato. ¿A quién podrían herir tus decisiones más «justas»?
2. Cuatro hombres se atrevieron, quizá, a oponerse. ¿Sabes disentir con respeto cuando algo te parece injusto?
3. San Pablo pide al creyente casado con alguien que no comparte su fe que no lo despida, sino que lo santifique con su amor. ¿Cómo vives tu fe junto a quienes no la comparten?

Para orar. *Señor Jesús, que derribaste el muro de separación, haz de mi fidelidad a ti un camino de amor y no de exclusión.*

Repaso

Preguntas para comprobar lo aprendido. Responde primero de memoria y luego toca el número para ver la respuesta.

Capítulos 1 a 2

1. ¿Qué palabra se cumplía con el decreto de Ciro? 1
2. ¿Quiénes se pusieron en camino para reedificar el templo? 2
3. ¿A quién entregó Mitrídates los vasos del templo, y cuántos eran? 3
4. ¿Con quiénes vinieron los que volvieron del cautiverio? 4
5. ¿Por qué fueron excluidos del sacerdocio los hijos de Hobía, de Accós y de Berzellai? 5
6. ¿Cuántos eran todos los que volvieron, sin contar los esclavos y esclavas? 6
7. ¿Qué ofrecieron algunos jefes de familia al llegar al lugar del templo? 7

Capítulo 3

1. ¿Qué edificaron primero los que volvieron, antes de echar los cimientos del templo? 1
2. ¿Qué fiesta celebraron en el mes séptimo? 2
3. ¿Qué cantaban los sacerdotes y levitas al echarse los cimientos del templo? 3
4. ¿Por qué lloraban muchos sacerdotes, levitas y ancianos? 4

Capítulo 4

1. ¿Qué propusieron a Zorobabel los enemigos de Judá y de Benjamín? 1
2. ¿Qué decían de Jerusalén Reum y Samsai en su carta al rey Artajerjes? 2
3. ¿Hasta cuándo se interrumpió la construcción del templo? 3

Capítulos 5 a 6

1. ¿Qué profetas animaron a los judíos a reanudar la construcción del templo? 1

2. ¿Por qué no pudieron Tatanai y los suyos impedir la obra? 2

3. ¿Cómo se presentaron los ancianos ante Tatanai? 3

4. ¿Qué pidió Tatanai al rey Darío? 4

5. ¿Dónde se halló el memorial de Ciro? 5

6. ¿Qué debían hacer los sacerdotes, según el decreto de Darío, además de ofrecer sacrificios? 6

7. ¿Cuándo se terminó el templo? 7

8. ¿Por qué se ofrecieron doce machos cabríos en la dedicación? 8

Capítulos 7 a 8

1. ¿De quién descendía Esdras, según su genealogía? 1

2. ¿Cuándo salió Esdras de Babilonia y cuándo llegó a Jerusalén? 2

3. ¿A qué había dirigido Esdras su corazón? 3

4. ¿Qué faltaba en la caravana reunida junto al río Ahava, y cómo se remedió? 4

5. ¿Por qué no pidió Esdras al rey una escolta para el viaje? 5

6. ¿Qué hizo Esdras con el oro, la plata y los vasos antes de partir? 6

Capítulos 9 a 10

1. ¿Qué hizo Esdras al saber que muchos se habían casado con mujeres de los pueblos vecinos? 1
2. ¿Con qué palabras termina la oración de Esdras? 2
3. ¿Qué propuso Sequenías a Esdras? 3
4. ¿Por qué temblaba el pueblo reunido en la plaza del templo? 4
5. ¿Quiénes encabezan la lista de los que se habían casado con mujeres extranjeras? 5

Notas personales

Sobre esta edición

Si las notas no se abren

Las notas son comentarios estándar de PDF, las mismas «notas adhesivas» que crean Adobe Acrobat y otros programas. La mayoría de los lectores las abren al tocar el número. Si el tuyo pasa de página en lugar de abrirlas, toca justo sobre el recuadro gris o prueba una pulsación larga, y busca el panel de anotaciones del lector, donde suelen aparecer en lista. Xodo y Adobe Acrobat Reader para Android las abren con un toque.

Texto y notas

Texto bíblico: Sagrada Biblia, traducción de Félix Torres Amat (1823-1825), de dominio público, según la transcripción digital difundida en línea. Se corrigieron erratas evidentes de esa transcripción (puntuación, acentos, palabras cortadas o unidas y algunas palabras y cifras perdidas o mal leídas, cotejadas con la edición de 1824: los hijos de Zacai eran setecientos «sesenta» (2,9); los pueblos idólatras eran los de las «regiones» circunvecinas, no los de las «religiones» (3,3); Darío maldice a los «reinos» que ataquen el templo, no a los «nombres» (6,12), y Esdras salió de Babilonia el día primero del «primer» mes, no «de aquel mes» (7,9); con esa edición se han recuperado también, entre otras, palabras perdidas en 2,62, 3,9, 5,16, 6,5, 7,17 y 9,11, y se han corregido palabras mal leídas o sobrantes, como en 2,61 y en 6,1 («registráronse los libros»)). Los títulos de las secciones no forman parte del texto bíblico.

En la Vulgata y en Torres Amat este libro se titula «Libro primero de Esdras», y el de Nehemías es el «segundo de Esdras» (la edición

de 1824 lo titula «Libro de Nehemías, llamado comúnmente II de Esdras»): en la Biblia hebrea los dos eran un solo libro, como recuerda san Jerónimo. Esta edición usa los nombres de la Biblia hebrea, que son también los del Leccionario y de la Neovulgata: Esdras y Nehemías. El «I Esdr.» y el «II Esdr.» de Torres Amat, de los Padres y de los libros antiguos son, pues, nuestros Esdras y Nehemías. No hay que confundirlos con el tercero y el cuarto libro de Esdras, que la Vulgata Clementina imprime en un apéndice, fuera del canon: el tercero es la versión latina de un libro griego, el «Esdras A» de la Biblia griega (en muchas Biblias modernas, «1 Esdras»), que vuelve a contar la historia desde 2 Crónicas 35 hasta Nehemías 8; el cuarto es un apocalipsis judío de hacia el año 100 d. C., con añadidos cristianos. Los versículos siguen la numeración de la Vulgata y de la edición de 1824, que en este libro coincide con la del hebreo, la Neovulgata y el Leccionario: 280 versículos. Las secciones 4,8 – 6,18 y 7,12-26 están escritas en arameo en el original. No falta ningún versículo, pero la transcripción digital había perdido o cambiado palabras en varios, por ejemplo en 2,9, 2,61-62, 3,3, 3,9, 5,16, 6,1, 6,5, 6,12, 7,9, 7,17 y 9,11; se han recuperado de la edición de 1824. Las referencias a otros libros siguen la numeración moderna: en los Salmos, Torres Amat suele ir un número por detrás (el Salmo 136, cuyo estribillo cantan los levitas en 3,11, es en su Biblia el 135, y el 126, el canto de los que vuelven del cautiverio, el 125).

Notas, introducciones, cuadros y preguntas: preparados para esta edición. Las citas del Catecismo de la Iglesia Católica remiten a sus números.

Tipografía: Literata y Noto Serif Hebrew (licencia OFL). Página de 114 × 152 mm, proporción 3:4, para lectores Boox.